



Octavio Santana Suárez

http://www.letralia.com/ed_let/poder

Editorial
Letralia
letralia.com/ed_let

*Colección **Ensayo***
Internet, septiembre de 2008

Escribir es un arte

pero también es un oficio y una profesión. El poder de llevar la creatividad al nivel de una obra maestra encaja en la primera definición; el manejo apropiado de herramientas en la segunda; corresponde a cierto carácter de escritores intentar que la tercera se desarrolle en un esquema que no interrumpa al arte ni al oficio.

Uno de los objetivos últimos de la literatura —obviamente, no el único— es publicar. Ver el propio nombre impreso puede ser alimento para el ego, pero también es la culminación de un proyecto que tuvo en un principio sus planos y coordenadas como cualquier otro.

Pero el mundo está cambiando y el papel no es soporte suficiente para la inquietud humana. En un lapso relativamente corto, el nuevo medio de comunicación que es Internet ha entrado en nuestras vidas y las ha revuelto, provocando rupturas en las fronteras de los paradigmas y concibiendo novedosas manifestaciones en todos los órdenes. La literatura no ha escapado a ello.

Para respaldar la obra de los escritores hispanoamericanos, la revista Letralia, Tierra de Letras, ha creado la **Editorial Letralia**, un espacio virtual para la edición electrónica.

La **Editorial Letralia** conjuga nuestra concepción de la literatura como arte, oficio y profesión, y la *imprime* sobre este nuevo e intangible papiro de silicio.

Los libros que conforman las colecciones de la **Editorial Letralia** en los géneros de narrativa, poesía y ensayo son en su mayoría inéditos. Se acompañan con magníficas ilustraciones de artistas contemporáneos, muchos de ellos también *inéditos*. Pueden ser leídos en formato de texto o en HTML, y cada uno tiene su propio diseño. La tecnología le permitirá no sólo leer el libro que seleccione, sino además comentar con el autor o con el ilustrador sus impresiones sobre el trabajo.

La **Editorial Letralia** *imprime* sus libros desde la pequeña ciudad industrial de Cagua, en el estado Aragua de Venezuela. Nació en 1997 como un proyecto hermano de la revista Letralia, Tierra de Letras y es la primera editorial electrónica venezolana.

Reciba nuestra bienvenida y siéntase libre de enviarnos sus sugerencias y opiniones. A los escritores que nos visitan, les animamos a participar de esta iniciativa con toda la fuerza de sus letras.



El poder, triste ropaje de la criatura

© 2008 Octavio Santana Suárez

© 2008 Editorial Letralia
http://www.letralia.com/ed_let

Índice

Prólogo, por Vinicio Baquero Ordóñez	11
I. El poder, triste ropaje de la criatura	15
II. Equilibrio y Ciclos	19
III. La muerte agria, padre, te ahorró otras desilusiones amargas	23
IV. A mis opresores con ternura	27
V. La esencia del poder y el ser esencial	31
VI. ¿Bellaco o diestro navegante en el océano de las cloacas del alma?	35
VII. Revueltas y libertad	41
VIII. La batuta torcida dirige las notas dolientes	45
IX. Sorprendí este diálogo entre un novicio y el gran maestro del viejo vicio	49
X. El difícil equilibrio de los favoritos	55
XI. Monólogo contigo... Recuerdo tu semblante moreno en los días ásperos	59
XII. La jerarquía, jaqueca del destino humano	65
XIII. España duele	69
XIV. Por desechar las brújulas ayer, hoy todos a la deriva	73
XV. ¡Nadie es perfecto!... unos más que otros	77
XVI. Mercachifles de la voluntad popular. Patología	81
XVII. Con fracasos privados la política obra éxitos públicos	85
XVIII. La Universidad duele	89
XIX. Ayer, César en el Rubicón; hoy, Napoleón de los limpiabotas	93
XX. Secreteos de dos granujas sobre un hombre sano	97

XXI. Responso en vivo sobre un cadáver	101
XXII. A un Leviatán moderno con careta de demócrata	105
XXIII. Lágrimas de desesperanza sobre la más triste de las miserias humanas	109
XXIV. Hijo del ridículo humano, padre de la afrenta del hombre	113
XXV. Pedante imprudente	117
XXVI. Bestia o demonio	123
XXVII. Crujen lamentos en la intemperie del poder	129
XXVIII. Una dignidad en medio de las aguas sucias de una indignidad	135
XXIX. ¿Saber equivale a poder?	141
Nicolás Herrera, ilustrador	147

Aprovechar la acción con el fin de perfeccionar la razón y blandir la razón en pro de perfeccionar la acción implica trasladar los destilados momentáneos de la vida al pensamiento y dirigir las conclusiones provisionales del pensamiento a la vida.

Octavio Santana Suárez

A una compañía fundamental

...no pretendo mostrar sin piedad las entrañas del hombre, a pesar de que en su corazón tropieza la caridad. Contiene una rara belleza; no disfruta más del encanto del verde que de la fascinación del ocre, ni goza más del atractivo de las suaves colinas que del arrebatado de mis ásperas tierras volcánicas...

Prólogo

Conocí a Octavio Santana Suárez en 1988. Iniciaba entonces sus *Viajes hacia afuera por y por adentro*. No le bastaba el amplio conocimiento que en el transcurso de su vida había acumulado sobre la física, la informática y los sistemas. Quería comprender su yo interior a través del conocimiento del yo cósmico del ser humano, de lo que él denomina *la criatura*, más allá de las diferencias por razas, género, religión, cultura o concepción política. Confesaba haber sufrido lo indescriptible, “en los saltos acrobáticos” de los *pensamientos acorralados* y de los *postulados caprichosos*, “por no abandonar al resto de colegas en la desventura” del circo de los mandamases. El caminante daba sus primeros pasos.

Hoy, Octavio Santana ha caminado. Comprende con descarnado realismo el alma de *la criatura*. Su paz interior le permite adentrarse en las sutilezas del poder. Pinta con dureza los rasgos físicos y de personalidad del *Mandamás*:

Aquel bribón plañidero que “invade, somete y desmembra con la mira puesta en la fortuna, el crédito, el prestigio y la gloria”.

Aquel “líder que guía la jauría”, que “monopoliza la inteligencia y esteriliza su efecto”, que promueve el “amiguismo, arribismo y corrupción”, que *encarna al sabio y se comporta como un loco, que come vanidad y defeca desaires, que nunca dirige, siempre empuja*.

Aquel “cabeza de intenciones torcidas”, que *halaga, promueve y corrompe*, que imparte “lecciones de astucia y de ferocidad”, que padece la *pasión de adquirir* y aborrece *la obligación de restituir*.

Aquel *granuja*, fabricante de obediencias a partir del *débil* y del *sinvergüenza*, que al igual que el *gusano intestinal vive rodeado de excrementos*, que “convierte a trabajadores ejemplares en cómplices vulgares”, no los *abandona*, tampoco *anexa sus infortunios*, les *induce a creer que los protege*.

Aquel practicante de la “virtud tuerta de la palabra incumplida”, que “neutraliza a los reformadores, cerca con peligros a los vehementes, reprime con dureza a los moderados y en el endemoniado baile de la corrupción desorganiza la inquietud”.

Aquel “aguijón venenoso de conciencias”, de *reducida cavidad craneana*, por cuyo *cerebro depravado* circula “bilis en lugar de sangre”, que se *alimenta de su egolatría* y que, como maestro de la farsa y experto en las ansias, utiliza a su conveniencia la falsa *persuasión* y la *coacción*.

Aquella criatura que eligió “insertarse en el circuito del culo, donde cada cual sigue con el olfato a su padrino”, de *altura enana*, que ve reducida su estatura por el peso de sus rencores y que “no logra, ni por asomo, sacar sus pies del estiércol”.

En su largo deambular, Octavio Santana parece haber descifrado la inexistente verdad. Sentencia con dureza que “la violencia precisa que se la disfrace con el nombre hipócrita de civilización”, que “en nuestro mundo abundan los truhanes”, que “triunfa el espabilado en lugar del letrado”, y que “prevalecen absolutamente la intriga y la corrupción: nadie se fía de nadie, y básicamente cada cual confía su seguridad a la astucia que logra desplegar”. Sintetiza el servilismo, de manera irónica, cuando escribe: “los perros antes que pactar con la jauría recurren al pastor”.

Es crítico de la carencia de valores de nuestra sociedad contemporánea: “hoy se vive con el culo de cara a los ideales y la frente guiada por los intereses”. Cuestiona nuestros mitos: “¿Sabías, Mahatma, que los mercaderes indios encubrían con tu leve figura y formidable fama sus pesados intereses?, apoyaron tus ímpetus de independencia porque no querían la competencia de los comerciantes ingleses —seguro que no te pasó inadvertido”. Rechaza lo indulgente de nuestra civilización: “a menudo, los eternos majaderos recurren a la sofistería perversa con apariencia exculpatoria de inadie es perfecto!; entonces les replico —serio por fuera y lleno de risa amarga por dentro—: hombre, sí... unos más que otros”.

Este libro titulado *El poder, triste ropaje de la criatura*, refleja el espíritu buscador, universal y extremadamente humano de su autor: “La sabiduría resulta ser la definición que encierra la maduración de la bondad”, “El mundo es un auténtico océano humano del que singularmente emerge un puñado de sabios, pero... ¿dónde cojones se esconden intimidados?”, “¿Y qué?, de venir la liberación, vendrá del brazo de un conocimiento con cimientos en los ideales de caridad y fraternidad. No importa demasiado el producto, ¿lo útil no supone lo

verdadero y el ámbito de lo verdadero no mide siempre más que lo útil?”, “Tu biografía entera —me parece eterna— no confiere la oportunidad de entenderla, ¿cabría acaso que yo, que la conozco muy de cerca, alcanzara a imaginarla?; en realidad, opto por olvidar antes de tu ocaso el recorrido penoso que engendras-te”. La frase final resume la obra:

“¿Verdaderamente creaste al hombre? Debió de ser en tus comienzos —apenas un dios menor— y por esa circunstancia atenuante, no me rebelo contra ti, sencillamente denuncié el fracaso de la obra inacabada”.

Quito, 13 de septiembre de 1999

Vinicio Baquero Ordóñez

Rector de la Escuela Politécnica Nacional del Ecuador



I

El poder, triste ropaje de la criatura

“Escribo lo que sigue como lo creo verdadero”, leí de muchacho esta sentencia de Hecateo de Mileto y hoy trascibo con exacta sinceridad mis impresiones. El ejercicio del poder es la aplicación de un conocimiento extraído del análisis de los hechos acaecidos —ciencia fría, dura, cortante igual que una herramienta de acero—; ¿su moral?, se identifica con el interés de gobierno, y ¿su espíritu?, es completamente positivo. En la proclamación de principios no emergen las disparidades; ¿y al darles forma?, los vínculos se enfrentan y la unanimidad salta por los aires, ¡difícil diálogo el de las conveniencias!, ¿constituyen de veras la plomada del derecho? La apetencia de dominar y el sueño de emanciparse evolucionan una a expensas del otro. El mando considera que la fuerza es la ley soberana y, con ella en la mano, firman los tratados o los rompen; la propia guerra termina con esos arreglos despreocupados de consultar a los combatientes; en el cambalache de personas, el acto más nimio se ejecuta guiado por el brazo izquierdo de la locura del palo —su obrar muele un alma delicada. En cambio, la libertad se practica en el sentido que encauza a la cultura por la ruta del comprender; si se abunda por esa vía, la holgura de la jerarquía se siente amenazada, y entonces la independencia de los individuos es una pura ilusión. Innegablemente, el alcázar en la prominencia cautiva y el ejemplo de los límites rotos intimida. Ahora es preciso optar: el ímpetu vertical de la opresión frente a la tendencia al horizonte de la expansión. Con el propósito de explicar con franqueza la enfermedad —rechazando los excesos y discutiendo las fragilidades—, resulta imprescindible crearse una ética condescendiente que deje lugar a la maquinación y al placer —al docto le concierne descifrar las reglas y al santo se le encomienda enmendar las costumbres. Aquel que capte demasiado la dolencia de nuestra conciencia y no le quepa excusar su silencio, quizá acomode en sus pensamientos una indulgencia muy intelectualizada.

“Soy un hombre y a mi parecer nada humano me es extraño” decía Terencio hace siglos, y tú, lector, contemporáneo mío, por tanto, no te permitas aspa-

vientos, ¡detén tus prejuicios, porque es extremadamente fácil el sermonear y sobradamente tentador el indignarse! En la ascensión, a la conquista de las cumbres, tenazmente alertas, cabalgando a la grupa de sus ganas enormes de rematar las cimas, los apasionados que por empeño de realizar sus ideales olfatearon en las inevitables flaquezas de la condición humana la necesidad de corromperse, los ociosos —a sueldo de los auténticos protagonistas— que no tienen más remedio que acogerse a los que quieran servirles, ¡qué les importan sus creencias!, ¡y menos sus pertenencias!, compran primero mediante pactos con vencimiento aplazado la función que les faculta venderse después. Con fervor de neófito, el perseverante formula sus anhelos; por contra, el grande comercia con sus exigencias en un extenuante regateo; metido hasta el cuello en la curiosa marea —mezcla de confianza y de desconfianza— el candidato se compromete a cumplir con el programa recomendado al tomar posesión de su puesto —chocante podredumbre previa a la maduración. En los períodos de crisis, la estructura social se relaja y los escaladores profesionales —de sagacidad más acusada que la sensibilidad o la imaginación— se benefician de la inexperiencia de la masa, del cansancio y de los temores de los moderados de su misma clase; desenmascaran a los que se conforman con la derrota y a fin de cuentas no cavilan más que en las ventajas de situarse en la cresta de la vorágine; saben que la acción por encima de la razón lo corona todo, e incluso ante la carencia de argumentos exclamarán: lo que mis contrincantes plantean, yo lo llevaré a cabo. No son más que tipos enérgicos y audaces en mitad de una corte de desamparados.

Ignorando los conceptos especulativos que el vulgo se fabrica de la justicia, de la equidad, del equilibrio, de la buena fe y de las restantes cualidades, recibiendo y concediendo, transformando lo que acepta y vigilando la reforma de lo que aporta, detentando el papel de coordinador —árbitro natural— en las discordias internas, el Mandamás oficia la perfecta dirección. Se coloca en el centro, donde cualquier ocasión es cazada al vuelo —el azar es útil a los resueltos, sólo perjudica a los timoratos—; manipula las noticias —un acuerdo, una negociación, una reciente orientación— y tal vez... se entere de quién es la nueva favorita —la intriga es su provecho. La amplitud de sus informaciones incita a su elocuencia apoyada en el uso magistral de su ironía en los alegatos de defensa y del odio furioso en las denuncias —dispara palabras semejantes a flechas. Con extraordinario virtuosismo, maneja la mentira y la calumnia para desorientar e impedir el crecimiento de los demás, ¿no es probable que se conviertan en peligrosos cara a su prosperidad?; desanima y desacredita a los de su clientela —sus miramientos y enconos se esfuman—; doblga el criterio de sus oponentes despertando sus pasiones —o avasalla al asaltante o él, asaltado, antes que verse abordado, huye. Cuando hayan obtenido la supremacía, empleando la astucia y el fraude —nadie les reprochará nada—, aparece el sarcasmo en sus labios,

la burla en sus ojos y el desprecio en el ademán. Ya Mandamás, habla en voz alta y apenas escucha, tampoco ataja el mal, ¿acaso no lo prometió? —lo difiere: la basura, sus acólitos no la advertirán allí, la señalarán un poco más allá, algo es algo. Asiste indiferente a la aflicción de los que sufren la escasez de emociones y la profusión del verbo hueco —rostros sucios y embrutecidos por la indigencia y cuerpos afeados y mutilados por sus trabajos. En aras de un rendimiento constante, prefiere explotarlos que exterminarlos. El espectáculo es intolerable y representa una fricción irritante, llega a encender la sangre.



II

Equilibrio y Ciclos

Cuando producimos por una acción un determinado desarreglo en las facultades de la proporción que mantiene la simetría de las cosas, la vida y el espíritu, la mesura tiende —y lo consigue— a restablecer su concierto por medio de una reacción cuya métrica es distinta a la infringida, y cuentan que su melodía arranca del fondo de las eras. El vigor, dirección, extensión y sentido del eco son desconocidos por nuestra inteligencia tan atada a su entorno y atrapada en su época. La integridad del sistema no alcanzamos a violarla jamás; el fundamento debe residir en el hecho de que los agentes, exteriores e interiores, que intervienen en la perturbación, se enmarcan en los límites impuestos por unas leyes que los abarcan y sólo los controlamos parcialmente. El *equilibrium* es dable imaginarlo organizado al modo de una tupida red de urgencias y sus complementarias dependencias carentes de posicionamiento jerárquico alguno; la más leve maniobra en uno de sus nudos atañe sutilmente al resto del entramado. La respuesta resulta la mayoría de las veces sorprendente: de ordinario emerge en un momento inesperado y la ruta por la que encaminó sus pasos no la sospechamos siquiera. De veras que en contadas circunstancias registré el nivel de maduración capaz de apereibir lo oscuro del fenómeno y, en consecuencia, guiar las situaciones con tiento. ¡Dios mío, y en cuántas ocasiones presencié la estupidez de demasiados idiotas obrar con tal complejidad en una forma que advertí sumamente trivial!

Dialogué, movido por aprender, con aquellos que digieren adecuadamente la información básica y bienviven; deduje que quien quiera lo nota: los cuerdos, además de hurtar intemperie a la ignorancia, ablandan frente a sus yoes y de cara a sus semejantes la presión del ambiente. Perciben durante los períodos optimistas que la ascensión no continuará indefinidamente y planean con esmero la inevitable inflexión para que la fatal decadencia no los pille en cueros; la relación no es causal, sino prodómica —el impulso es precursor y elemento

del declive. En los tiempos difíciles, la fe ciega —faena sudada en la bonanza— ayuda a resistir las hostilidades y es, sin vacilación, un camino menos amargo que el de las vías evasivas, y más dulce que el calvario de la sumisión. Es un lento y lastimoso tránsito de la conducta común a todos —basada en el instinto— por el cedazo de las pautas —esculpidas por la razón— de unos pocos. Conviene decirlo en este punto, la estabilidad de que hablan a menudo se soporta gracias al pie de atrás de sus cerebros metido en la historia, y merced a la pierna que apoyan en el orden conquistado por la tensión de sus mentes. ¿Canta la tierra?

Entretanto, me asombro de las ligerezas a favor de las disculpas esgrimidas por el fullero y el adulón y de la rigidez ante el apóstata de la doctrina cretina. Me aturde el argumento de que si bien el tramposo no respeta la norma, la reconoce; itú, hereje!, por contra, invalida la regla y los cimientos de la estructura que justifica el proceder de los demás se tambalean. En las calles de la estulticia uno cree, trabajado por el ansia, que tras la esquina de ahí delante encontrará el fin del recorrido y no se topa más que con el próximo recodo. De lejos, los personajes que habitan en esos meandros parecen altos; no obstante, en cada una de las oportunidades en que aminoré la distancia con la esperanza de refugiar el cansancio en sus sombras, retomé el andar decidido y seguí de largo —quizá en un posterior intento no me ataque el mal del espejismo. Las crisis sobrevienen a pesar del voluntarismo con que los sectarios se empeñan en ocultar la podredumbre; al arreciar el embate, no es posible retrasar sus efectos, y la firmeza en la defensa de sus posturas se transforma en osadía por demostrar que, años ha, avisaron de la hecatombe y aconsejaron la profilaxis —los púlpitos los erigieron en las trastiendas, nadie los escuchó—; concedámosle el privilegio de la duda —triste compañía de sus astucias. ¡Cómo padezco a mis parásitos!, son periféricos a mis intereses, aunque por lo que sufro opino que marchó en la mira de los suyos; ¿no muerden acaso con igual estilo que los depredadores?, juro que no me cubriré de luto el día en que fallezcan, ¡qué fastidiosa fauna!, constituyen un bestiario más amplio que el enunciado por la zoología. ¿Llora la creación?

La luz se esconde por detrás de la descomunal incógnita, entre los ímpetus originales y el alma elevada, más cerca de la cultura que de la biología. Disponerse a descubrir su claridad es una opción elogiada, pero lograrlo supone una meta envidiable —no oí nunca de otra manera mejor de emplear la existencia. La receta de la salud dicta pactar el concurso del sosiego, la prudencia y la previsión en los tramos fáciles —José en la abundancia de Egipto—, rescatar la serenidad y ejercitar el recto gobierno en las pendientes del desánimo —la aparición de las vacas que forraron su osamenta únicamente de pellejos impuso

volver la vista a los graneros. Descartar persistentemente lo vulgar es una tarea que limpia las pupilas —no vale la pena fijar la atención en el estiércol pegado a las pezuñas, ni detenerse a observar las babas del rumiante. Obligatoriamente, en las etapas de descenso no reina siempre lo peor —el Nilo abona con limo sus márgenes al retirarse la crecida. Aquel que modula su permanencia sobrellevando satisfactoriamente los altibajos, brújula en mano —al instrumento no le afectan valles ni cumbres—, su huella en el mundo es innegable, y su calidad sostiene la armonía del orbe. ¿Vericuetos mitológicos?, no accedo a olvidar que en ese lugar el pensamiento cargó a lomos de la abstracción la conceptualización.



III

La muerte agria, padre, te ahorró otras desilusiones amargas

Comenzó una nueva era de la que esperé una regeneración esencial, pero — lo admito— no me queda más remedio que proceder trabajosamente en el empeño por imaginarla, porque no alcanzo a descubrir el resquicio donde disfrutar la época anhelada. A no importa qué precio, la apatía quiere emparentarse con la prudencia y se esgrime, apenas con rubor, la armadura de la desfachatez del “¿y qué?” —triste recurso con el que perpetuar las regalías cobradas. ¿A qué viene esta conducta?, ¿cuál es su propósito?, las expectativas quebrantadas generan mala fama —la merecen— a los que alentaron las ilusiones y metamorfosearon sus objetivos de creación por los de reducirse a la prepotencia. Comprendo sobradamente que el tiempo curado por los años en los sótanos del olvido se arquea elástico, ¿tendré por ello que traer a la memoria de unos cuantos que a Judas su tragedia le impidió escribir la Pasión? ¿Estamos definitivamente atados por temperamento a ir detrás de los directores de la opinión?, ¿cada vez que muden el antojo ha de practicarlo forzosamente el resto?, ¿y a los escasos discrepantes, no los sigue nadie? Tomó plaza el aborrecible viento del chaqueterismo y pronto disipó el buen olor de la lealtad a los grandes proyectos —se pasó del diálogo al lenguaje de los insultos por la espalda, y a la verborrea del engaño tras engaño. La mayoría aprendieron a manipular diestramente el sistema y la moneda de cambio fue, desde aquellos momentos, el egoísmo del “suba quien pueda” ¿no propinó el individualismo el camino fácil? El superior se convierte así en el símbolo del de más abajo, ¿cierta el inferior con que es la savia nutricia del de más arriba? En la lucha encarnizada por ascender a través de la jerarquía, no existe más que el presente. La adulación saluda a los que ordenan a la sazón, y trata de institucionalizar la fugaz satisfacción viscosa de los que triunfaron sobre el confuso espíritu demolido por el fracaso. En la hora actual que la pelea redacta, ninguno se lastima de los que sufren la derrota. No gusta contemplar los rostros descompuestos por la fatiga —se figuran que el

descalabro es la madre en que fermenta la pausa cruzada— ¿no mantuvo el mando en su seno calladas las adhesiones pagadas?; los cuerdos de viejo probablemente supongan que el alejamiento ayudará a recomponer las facciones de los frustrados y los dejan solos en la periferia de la refriega. ¡Qué fuertes son los colores naturales en los que reposan estos sentimientos!, en verdad, descorazona interpretar la secuencia repetida del relevo en los papeles entre ganadores y perdedores. Se descendió a un grado tal de envilecimiento por el ambiente de amiguismo, arribismo y corrupción que cualquier demanda, al margen de su valor, humilla; es preciso dar por terminada la etapa pestilente de las dilaciones motivadas por la intención torcida; resulta urgente hallar otra vía con la mira de que el gobierno no se centre excesivamente en la camarilla que lo detenta. ¿Encierra algún significado conquistar la independencia intelectual para luego observar la forma desgraciada en que se ahoga la libertad en la marea del cinismo?, ¿faltan quienes se percaten de cómo obrar al caer rotas las cadenas? Indudablemente, la soberanía se orientó a todos, ¿dónde se extraviaron los sueños, principios y perspectivas que empujaron a un elevado número de personajes, jóvenes casi ayer? Me resisto a aceptar que las tesis pronunciadas entonces constituyeran simplemente una celada con el fin de timar a los confiados y asegurar el acceso al poder a tanto embustero. ¿Qué ansía la reciente oligarquía?, ¿transformar de un plumazo a la ciudadanía en sus criados? Por un amplio sentido de la belleza posible, no estimo plausible negar lo que es innegable: la perversidad que carga consigo esta mugre, su bestial injusticia escorada y la execrable iniquidad provocan el desconcierto de la razón y la descreencia en la coherencia moral. El rencor por la versada construcción ajena coge de la mano al envidioso que campea por sus respetos en la cosa pública y desautoriza, sin ambages, el quehacer serio no alineado con sus conveniencias, ¿no aligeraría su dolencia si procurase entender el denuedo honesto? El hombre obsesivamente ensimismado que mora complacido en su cosmos íntimo de particulares creencias es retado y atormentado hasta el furor. No le permiten constituirse en el monarca del reino de sus metas; lo requieren gregario; ino a los términos medios!: o vence su singularidad, o en la fatalidad chocará con su desconsuelo permanente —en los modos de la mucha mentira volante, se enreda la voluntad más noble. Los mediocres abundan y animan a la imitación peor —acallan las dudas al poner el énfasis en el desafío a la incredulidad—, en la lisonja reconocen menos la farsa y más la verdadera sustancia que los sostiene —en la ópera bufa se encuentran como en su casa. ¿Pretenden sus acólitos percibir en esas maneras un murmullo de fe?, ¡hatajo de ignorantes!, los argumentos del silencio exigido constantemente repugnaron a la explicación. ¿No captan los fieles que la elaboración mental exigua es un pésimo límite?, ¿qué harán al escuchar que demasiado esfuerzo es pernicioso?, ¿el colapso emocional a causa del montón de información acaso obstruye el discurrir?, la culpa es del tedio que precipita a fun-

cionar reiterativamente con idénticos sumarios. Las triquiñuelas ocurrentes son propias de pandillas revueltas en el fango. ¿Saben en realidad lo que piensan?, ¿incluso antes de oír lo que dicen?, ¡afásicos!; de sus historias únicamente recuerdo la inmundicia muda de la oblicuidad huidiza —principal residuo pegado a sus osamentas. Hablo de especímenes en los que notamos una actividad cerebral próxima al mínimo de las oportunidades humanas. No consigo evitarlo: experimento fastidiosa la descomunal caricatura que chapotea en el barro de la ambigua analogía soltada del interior de la metáfora; confieso además que la paradoja me saca de quicio cuando enseña su dentadura sucia de ironía, y la hipérbole misma disloca el ritmo extravagante de la agonía. En los tiempos de hoy se vive con el culo de cara a los ideales y la frente guiada por los intereses; ¿quiénes los aprecian gigantescos?, ¿quizá la gentuza que los considera de rodillas? Siempre germinó penosamente el identificar los vientos de la emancipación serena con la vorágine de la rebelión; es una sospecha que lleva dentro la semilla del anquilosamiento de la estructura y, más que una impresión trasapelada, parece un cálculo errado. Aguardo impaciente una inédita alternativa, imbuida de la virtud unitaria con el apoyo de una clase instruida y progresista, ¿cabría ser éste el aliento renovador que torne respirable el aire vuelto ahora sofocante?



IV

A mis opresores con ternura

¡Lo juro!, prefiero seguir a los genios que nunca existieron que a los jefes de jauría, ¿no se probó por desgracia que gozaron por aquello que no ejercitaron y por lo que sí consumaron? Las omisiones más que las acciones señalan el perfil de nuestra conducta: numerosos trozos de las primeras escapan al control del consciente —revelan en lugar de esconder—, y las que son deliberadas quisieran echar mano del viejo truco del despiste —no aciertan con el atenuante. No cabe dudarlo: los dos aspectos se condicionan —me recuerda cómo define el estilo diario de obrar a la actitud en la hora efímera. Probablemente, el latigazo sufrido en el pecho, al soltarse una rama doblada al paso del de delante, sugirió la idea de elasticidad, ¿ocurrió en modo semejante el hallazgo de la secuela que produce la necesidad en el ánimo?, fija, en quien la padece, flexibilidad en sus criterios; el aprendizaje se relaciona directamente con la trascendencia, por ello, debemos evitar la aparición de su desdichada desviación, la podredumbre. ¿Qué sucedió con la ética?, su extravío impuso la obligación de brotarla de nuevo. Al principio, el quebranto apenas se adivina, incluso apunto que imprime una innegable ligereza en la costumbre, ¿no anima acaso la atmósfera cargada con la áspera responsabilidad? Después: el empeño por destruir al enemigo —casi anteayer amigo— aniquila a todos, los esfuerzos implacables se rebelan contra sus protagonistas, el ambiente se vuelve irrespirable y la corriente se torna insostenible. El que no se arriesgue a razonar así es, o está a punto de ordenarse, esclavo.

Le dije al rival que trató alocadamente de amordazar mis ansias: ambos nos veremos por detrás del final. Para ti la vida habrá sido corta; opuestamente, a mí me pareció abundante —no perdí el tiempo y por tal motivo no me faltó. Lo deduzco, te entretuvo la horizontal; entretanto, me dediqué obstinadamente a bucear hondo y vencí una a una las decepciones. Tu altura es enana: a la estatura la reduce el peso de los rencores, ¡y te complaces de tantos! Los obstáculos

que preparaste al objeto de frenar mi marcha, antes que llegar a impedirla, me exhortaron a realizar lo que me propuse; ¿supusiste de veras que codiciaba superarte?, ¡pero hombre, únicamente me interesó sobreponerme a mí mismo! ¿Recuerdas el jadeo al toparse tu cuerpo con las sensaciones?, creíste que precisabas agotarlas, ¿en amplitud?, malogran pronto el aroma cuando se dilapidan las energías en los parajes de la diversidad. ¿Percibes que eres ciertamente un detalle?, si te tengo en cuenta, lo adeudas a tu papel de destacar el talento de un gigante —sinceramente, cumples a rajatabla. Tu faz cínica ofrece una imagen carroñera del corazón torcido —invencible al olvido— que constantemente retuvo la mugre de una inteligencia averiada; yo, en cambio, por huir de esa basura rescaté la vastedad que se mantuvo oculta desde que nací. Este tipo inacabado despedaza sobre mí sus frustraciones, el duelo con su mentira duele más —hiere y no enjuga las lágrimas—, y a pesar de su calvario, no logra, ni por asomo, sacar sus pies del estiércol. Absorto en el reflejo del infinito contemplo quietas a las fechas, es su ego desierto el que envejece. ¿Qué brújula puede orientar a una criatura sana en el mar de los andrajos? ¡Comediate!, la norma de tus embustes forzosamente constituirá tu término dramático. Efectivamente, te considero mal educado —ni respetas a tus adversarios ni aprecias a los que son diferentes a tu horma de pensar. Y por favor, no te pongas jamás en mi sitio, seguro que acabarás expulsándome de él. ¿Quizá intentes que te comprendan un poco más? ¡Caramba!, ¡qué difícil lo dispones!

Como desespero de los dioses, llevé a cabo sólo la locura del milagro: conquisté la inocencia a despecho de los desechos que circundan nuestras cabezas, hurté siglos a mis ojos y distinguí otra vez lo hermoso que inadvertí al gastar la niñez. ¿Que cuál es mi edad?, no implico a los años, muero y revivo en cada momento: siempre que me escupen la negación en el rostro estiro el cuello y dejo mirar mi original afirmación. Obviamente, mortifican las carnes abultadas por los golpes, aunque la aventura del alma que recupera la tersura amortigua las molestias. Y esta belleza descubierta trajo del brazo, con un acento propio, la esperanza que cultivo a partir de entonces. Me atreví a invitar a la posibilidad de emprender cualquier cosa con el ardor característico de aquellos que tejen poesías. Creé intensidad donde la nada urdió la teoría del vacío y saltó en pedazos el silencio de los poemas sin voz. Me avine con las palabras a que hablasen de la fantasía prendida en el susurro de las hojas y me admiré de los sueños que costuro con el viento —ecos de la armonía del universo—; ¿poseo algo más?, ¿además de mis anhelos? La ambigüedad del aire la sentí fértil, en la luz que lo cruza reconocí la fragilidad de la naturaleza y comencé a validar la sospecha que en absoluto osé expresar con anterioridad; lo que indefectiblemente me subyuga es el sigilo con que la levedad se moldea perenne. Vino a sentarse junto a la libertad entera la magia antigua y el canto no lo oí más a la manera de llanto,

¿por fortuna no aprovecha el sonido la hechura de las íntimas resonancias? ¿No fue porque no me gustó el mundo que opté no por imitarlo, sino por construir uno inédito y habitar en él?, encontré mayor verdad por el lado de la soledad que del costado de los variantes prejuicios del bullicio humano —música terrenal—; por ese caso viajé de la periferia al centro, allí la rotación es reposo y el chirrido del giro en las afueras se repite mudo. Noté la causa atada al extremo del magnífico encanto de la plástica práctica del perdurar quedo —su lenguaje es común por allá de las formas. Frecuento cauto la eterna pregunta —inabordable!— y también visito el compás de los atardeceres —resuelven la incógnita—; la sabiduría resulta ser la definición que encierra la maduración de la bondad. ¿Es estrictamente ineludible que arda completamente?, ¿igual que el incienso?, convertido en humo, perfume la denuncia del desconcierto. ¿Tras la raya del total, qué ayer y futuro contiene la pasión si su presente es una eternidad abreviada?



V

La esencia del poder y el ser esencial

“Enriqueced a los soldados y podéis burlaros de los demás” —aconsejaba Septimio Severo a sus hijos. La sentencia confirma que el genuino secreto del poder reside en la habilidad de construir en torno al Mandamás un sistema coherente, formado por la reunión —en apretados haces— de las mayores fidelidades —en cantidad y en grado de compromiso— que le aseguren la afección devota. Resulta áspero y a la vez cierto, el monstruo que devora vanidades se nutre merced a los tipos que sienten constantemente la necesidad de resolver sus ansiedades: los que se pasan el tiempo cepillando el asno rojo —símbolo de sus desenfrenos. ¿No mueve a la hez servil un rabioso afán de ganar fortuna?, se la nota llevar a cabo las gestiones más ambiguas, traficar con lo que alcance —incluidos sus cuerpos y los de cualquiera. Por tanto, no extrañe entonces que la funesta alianza germine y se robustezca mediante regalos o préstamos, guiando los vicios, propiciando el envilecimiento, instando al pillaje: proporcionando en suma un objetivo a los entusiasmos y a las cóleras de la sustancia humana que alienta al acuerdo aciago según los provechos más mezquinos; la empresa miserable jamás olvida en sus alforjas el dinero y las baratijas, ¿gracias a ese equipaje los continentes no franquearon sus misterios más recónditos? Dicen que a tal basura le agradaría lavarse la cara, y le encantaría además llamar deber de obediencia a un modo de actuar que no se diferencia del sucio interés, y... ¡sorpresa!, ¿no reconocí, aunque disfrazada, a su inmundicia respirar con delicia en el hedor de los pudrideros? Siempre complaciente y útil, el prisionero de sus anhelos descifra pronto las insinuaciones más sutiles, y se adelanta a las furias o alegrías llegadas de lo alto —de un lado, la debilidad del esclavo y por el costal opuesto, la energía de su señor condicionan a la asquerosa premura. Juzgo inabordable el discernir la parte exacta atribuible a la adulación y la correspondiente a la intimidación; se trata de un fango de lisonja apologética sobre un fondo de verdad, y de un temor en el que acaba flotando un trozo de simpatía bajo una capa de limo. Este vínculo despreciable degrada moralmente a gran-

des y pequeños y, físicamente, los avería.

Subrepticamente se entreabre una brecha estrecha; por allí se introducen los distinguidos. ¿En qué número?, son limitadas las sillas e insuficientes las viandas arregladas en la mesa. ¡Despiadada selección!, pero si la disciplina se relaja y la porción de privilegiados se acrecienta, posiblemente nadie almorzará. ¿Rufianes?, ¡comensal, triste meta de aspirante!, ¡fútil premio de elegido!, ¿qué importan los epítetos? “En nuestro mundo abundan los truhanes”, leí en el rostro de un montón de gente, y sus facciones torcidas me revelaron que no basta con saber reflexionar, comprender y hallar soluciones, sino que se precisa sagacidad para discutir, la previsión para calcular, la mentira para vender y el desdén para comprar; ¿y a esa porquería la califican de capacidad práctica?, ¡sórdido eufemismo!, ¿constituirá acaso un honor alimentarse de las migajas?, ¿el más humilde de los sentados representa de veras la autoridad frente a los más inteligentes de pie y sin pan? Es el Mandamás quien fomenta la desconfianza y el encono hacia los foráneos —¿no son los causantes del mal que padecen?—; desde la atalaya donde domina, anima a los suyos también con la discordia —¡demonio!, suscitadas la competencia y la división. El disconforme se plantea el dilema: fuera del genos, impotente, abandonado al igual que las cosechas a la descomposición y el material al orín, o dentro, caduco, entregado a los calabozos de la uniformidad insípida, se esfuma su imán al estilo de la atracción por los contrastes. La opción no concede espacio a la indecisión: o bien sufrir por privarse de las ventajas de una solidaridad que, a pesar de enferma, produce una seguridad consoladora, o, quizá peor, protestar de la hipocresía de tez rosada que manejando las mutuas dependencias quebranta rápidamente su gusto por la independencia. Los díscolos que resisten la dicotomía entre lo auténtico y lo sugerido se quejan del agudo dolor de cabeza característico de los perjudicados. ¡Dios mío, a qué agobiantes persecuciones los someten! —ofician de errantes por las regiones más apartadas de la mente. ¿Y los que aceptan los efectos de la doma?, a partir del trágico momento, gozan de los favores y se aproximan a sus fuentes —el chirriante portalón despeja la entrada a los subterráneos del disimulo—; ¡qué sombrío aspecto el del pensamiento partido en su mitad!, indefectiblemente, acarrea la agonía de la identidad —antesala de la locura—; ¡lástima del impulso creador de su diversidad anárquica a que se renuncia en la rendición! Hablo hace rato de una herrumbrosa maquinaria que agota la mínima manifestación de libertad individual, aletarga los ideales y derrota al arte —sus engranajes infernales funcionan aplicando fórmulas implacables. Innegablemente, las obras de inconfundible calidad las ejecutaron aquellos que pelearon por sus criterios.

El Mandamás juega con el patronato y designa los cargos; al escoger los

candidatos considera más la viabilidad de sus futuros beneficios que las valías personales —triunfa el espabilado en lugar del letrado—, ¿no recluta a menudo echando mano de sus criados o parientes? —secreción indeseable. ¿Elige al más digno en alguna ocasión?, lo pacta con el fin de defraudar menos a los quintos que a los jefes, y como ante los subordinados el prestigio del seleccionado es un elemento de indisciplina permanente, procede de dos maneras: o las licencias que obligan restan estabilidad y consistencia al elevado, o le provoca una honda repulsión por sus tácticas; ¿no entiende el astuto, apoyado en su trono, que sólo lo abatirán con sus mañas enrevesadas?, entretanto, las técnicas del adversario quedan lejos de la excrecencia que descubre. En todo caso, es peligroso despojar al mejorado de sus posibilidades —se sala con ello la infección de la rebeldía—, conviene invitarlo a la colaboración. ¡Cuánto detesta el amo absoluto de la voluntad general su dificultad por ignorarlo!, lo soportará a regañadientes —finge ceder—, ¿no dispone enseguida el desquite?, lo destituye montado en el primer pretexto —probablemente después de coronado el escollo con éxito—; ¿cómo?, alega una u otra razón —iummm... nada original probó!, la misma evidencia del desenlace lo demuestra— o simplemente calla —silencio en el mar de los silencios—; ¿y sus propósitos?: mantener sus prerrogativas, imponer su válido y ejercer su despotismo —¿te fue penoso, Pitt?, una ciudad se viste con tu nombre. Por desgracia, el principio definitivo que detenta la fuerza de corromper, de precipitar las conductas al nivel de los brutos —los vi enorgullecerse de sus torpezas despreocupados de sus fealdades— es poco trascendente, y no consigue infundir ímpetus nuevos y regenerar. El reino se convierte en una especie de explotación doméstica que lucra únicamente a su dueño; no obstante, el gerifalte adeuda al devenir su reputación, porque el temperamento de los hombres a los que otorga su confianza rubrica su sello —los cimientos se cavan hoy y el edificio se erigirá mañana.



VI

¿Bellaco o diestro navegante en el océano de las cloacas del alma?

—¿De qué circunstancias surgió tu mando?

—Del desorden, io la anarquía o la camisa de fuerza! Paradójicamente, los demás descuidaron la ley; después de que la trasgredí, la estimaron más.

—¿Con qué línea maestra conformas tu grupo?

—Aglutino a la gente a modo de tribu en cuyo seno no cuentan más que el parentesco, la adulación y las enemistades. Respetan la falacia de las facilidades iguales que, en realidad, son distintas.

—¿De qué clientela te rodeas?

—La capacidad de distribuir prebendas lleva de la mano al potencial con el que se amplía el séquito del profundo coro anhelante de la sociedad humana, que se esparce por el mundo invocando el orden que les favorece: eruditos, guerreros, traidores, héroes, artistas, artesanos, infiltrados con la misión de disgregar, oportunistas, tibios, camuflados, estafadores, asociables, degenerados, dementes, pervertidos sexuales. ¡Caramba, no lo concebí de antemano en los hombres que con un libro se dedican al ascetismo, a la mendicidad o a la predicación!: los presagiadores y curanderos psicópatas, chamanes, eremitas, faquires, yoguis, monjes, lamas y toda la pasta hedionda de aventureros fracasados, miserables, muertos de hambre, desertores, bulliciosos y vocingleros. Adoran ser condecorados y compran una mención al elevado precio de una genuflexión, ¿por qué les cautiva tanto, aun a costa de su felicidad, tal *prestigio* de tuertos?, pero... isi son sólo servidores!

—¿Con qué guía tratas a tus inmediatos?

—El temperamento que les muestro oscila del despotismo a la negligencia. En los momentos en que los principales no acatan rápidamente mis decisiones, restituyo lo visceral en el carácter, traigo del recuerdo las reglas dejadas en desuso por mi benevolencia y, o bien profiero amenazas en una danza de furia, o lloro —las lágrimas ablandan la actitud rebelde. De cualquier forma, ya que la autoridad declina por las querellas en la cúpula, no distraigo el lenguaje democratizador —descubrí que resulta una magnífica máscara— y, de veras, aparento un estilo más familiar. ¡Ay de la mayoría!, ¡qué magia engañosa la de las palabras!, intento disimular la formidable oposición entre el derecho que la asiste y el abuso que se comete con ella.

—¿Cómo retrasas la insurgencia?

—Promuevo a los más obligados, alcanzan puestos importantes si juzgo adecuados sus puntos de vista; entiendo que del débil, del sinvergüenza y del falto fabrico obediencias; no lo dudo, son elementos fieles que procuro fortalecer. Neutralizo a los reformadores, cerco con peligros a los vehementes, reprimo con dureza a los moderados y en el endemoniado baile de la corrupción desorganizo la inquietud.

—Al insinuarse la disidencia, ¿qué cosas practicas?

—Acaricio la esperanza de persuadir a los disconformes de que sus conflictos planteados son vías equivocadas —en pura objetividad, no aspiro a destruir el progreso sino a suavizarlo. Impongo comprender lo ineludible de mi jerarquía por la advertencia o intimidando, y si no lo consigo, compongo el castigo: caigo sobre los descarados y liquido sus insolencias, aniquilándolos.

—¿Y si te vencen?, ¿qué harías?

—Es cuestión de acomodar una especie de abdicación creadora, con la que negocio alejarme y a la vez permanecer de una manera sugerente. Mezclo con sagacidad la segregación y la cooperación y nadie, absolutamente nadie discute mi presencia.

—¿Y si triunfas?

—Al reconquistar el andamiaje, cargo sólidamente en los hombros de los seguidores de la celada la suma del peso de mi voluntad con el fardo de las pérdidas.

—A los pobres diablos, ¿qué les ocurre?

—Agitan el aire con su gritos y alborotos; obviamente, no suponen nada en

las soluciones, ¡y eso que normalmente se duelen de sus efectos! Ni siquiera los dioses por morar demasiado lejos llegan a oír sus quejas. ¿Quién va entonces a ocuparse de reconciliarles con sus incertidumbres? No los abandono, tampoco me anexo sus infortunios; opto por inducirles a creer que los protejo.

—Sé que desanimas las embestidas de terceros jefes, ¿con qué ardid te granjeas sus condescendencias?

—Argumento que nos mejora una solidaridad en torno a la necesidad de defender el común e inmenso pacto que suelda a los sometidos con nuestros intereses —los juramentos de adhesión abaten las trazas de osadía. Les convenzo de que es preferible recurrir al compromiso más vergonzoso antes de que la estructura malgaste su vigor por las intrigas.

—¿Y a la inteligencia con qué método la controlas?

—Conquistó a la persona de lógica clara con el viejo truco de los acuerdos sin concreción; le inoculo sospecha en sus sentimientos de amistad, con lo que lo abismo en un hueco de humus abierto a las mentiras y al odio —en tremendo agujero, mino su reputación e influencia. Por su parte, uno u otro paso en pro de la consecución de una mentalidad independiente lo considero un adelanto en la dirección de la conclusión que auguro fatal a mis manejos: la concusión genial del pensador auténtico. Le daría mi voto a título de sirviente acrítico — inspira confianza por sus fines restringidos—, nunca en el papel de consejero —olvidaría más temprano que tarde su deber de dócil.

—¿Y si las mieles no enjugan su ánimo?, ¿arrepentido, no probará a redimirse?

—Un individuo que elige insertarse en el circuito del culo, donde cada cual sigue con el olfato a su padrino, aguantará hasta desfallecer en el círculo del olor fétido. El maldito movimiento redondo impide a los que participan adivinar la infernal perspectiva —únicamente, la divisan los de afuera.

—¿De qué lugar proviene tu riqueza?

—Aliento la confusión en la frontera de la propiedad por el lado de mi autoridad, lástima que el provecho lo reduzca la limitación del tiempo que dispongo. Innegablemente, el beneficio es la sustancia del poder, ¿no lo imaginas también el medio idóneo con que ejercerlo?

—¿Te encuentras más a gusto durante la evolución o en la revolución?

—Se suceden ininterrumpidamente las tensiones y las liberaciones; en am-

bos períodos, la dinámica la accionan las verdades evidentes porque son convenientes a los perpetuos ganadores; en la evolución, examino y consolido mis privilegios, mientras que en la revolución, reformulo y anudo mi prepotencia. El desarrollo en paz no demanda justificación; por contra, la violencia precisa que se la disfrace revistiéndola con el nombre hipócrita de civilización.

—¡Ummm...!, me rasco la cabeza y no atino a pescar la razón del éxito de tu ambición.

—¿Qué quieres, que te explique los porqués?, ni yo mismo los conozco; en cambio, de lo que estoy plenamente seguro es de que lo que tú miras desde el ángulo del estudio, para mí constituye una excelente herramienta con la que conservo mi posición por encima de los que doblan su proceder y se agachan tras mis ansias.



VII

Revueltas y libertad

¡Cómo justificas el estado de urgencia, la censura, las detenciones, depuraciones, elecciones falseadas y el apremio administrativo! ¿Qué digo?, ¿qué jerarca respeta la legitimidad hasta el punto de no discurrir en alguna ocasión que el bien público es el código por excelencia?, el razonamiento sobre el que se basa la propuesta es aparentemente lógico y, en rigor, se resuelve en un sofisma. A pesar de ello, las barreras que levantan los privilegios sólo logran frenar la transformación arrolladora. Mírese como se mire, en este mundo dependemos de terceros, ¿no surge la paz del conocimiento que mana de la necesidad por la mutua colaboración, con los deberes que impone? Aquellos a los que la corriente de la historia arrastra hacia soluciones que solventen las causas seminales de sus aflicciones son sospechosos de percibir el empuje que realmente poseen, y se recela de sus aspiraciones, ¿intentarán acaso resolver, sucesivamente y de manera enérgica, los interrogantes de los cambios que trastornan el orden establecido?, ¿y además con las aptitudes complementarias de rapidez y solidez?

Lanzas la flecha de la duda directa a la esencia de la validez del rumbo que marcan quienes dirigen, y consecuentemente deviene de ordinario la sublevación. El profundo abismo que separa a unos pocos del resto de los hombres es motivo sobrado de permanente inestabilidad. El anuncio de la rebelión genera un enorme júbilo y sus primeros éxitos reconcilian a los arrebatos con sus delirios; más tarde, con la embriaguez del triunfo, brotan: la inferioridad moral, el escepticismo, la inclinación al placer y la intemperancia que acaban por arruinar el ideal. De cualquier forma, las situaciones turbulentas componen un pretexto magistral con que aplazar las reformas y perseguir a los cabecillas, embotan las revueltas y paran sus golpes; invitas a tus aliados a esta cacería —la ayuda te vendrá en caso de que proporciones una esperanza de victoria. Subvenciones en los seguidores de tus contrarios las preferencias por la libertad, ¿persigues otra cosa que debilitarlos?, las conciencias individuales se unen y se exal-

tan en el grupo. Juzgas deseables los pactos con el clero en cuanto que aboga por una sociedad estratificada; trabajan por la invencibilidad de los que gobiernan: confunden, distraen y desmoralizan a los alborotadores —su osadía radica en que a través de su experiencia se percaten de lo inútil de sus descontentos, antes de que se estime inexcusable reducirlos con dureza.

Contienes el avance creador y atrevido echando mano de la exclusión y de la segregación, y te sostienes, manejando con destreza la represión flexible y las promesas certeras, perpetuando con incuria las rivalidades y la desorganización que tú y únicamente tú orquestas. ¡Desconciertas, bribón, al mostrarte plañidero!, ¿son lágrimas de frustración o de habilidad?, luego de enjuagarlas, y fingidamente condescendiente, apenas tomas posesión, tu carácter compasivo se torna reticente y diplomático —vuelves a tus andadas de vocación cruel. Tu ferocidad engendra odios inextinguibles; opones la fuerza a la fuerza, ¿tu objetivo?, preservar la insumisión —te conviene que el dominado persevere en la violencia y la astucia, se te asemeja y lo entiendes. Disciernes y aprovechas los elementos locales utilizables y neutralizas a los no utilizables para posteriormente destruirlos. Con tus propios puños sacrificas a tus subordinados, y al serte difícil animar voluntarios por los métodos tradicionales de persuasión e intimidación, dispones de medios coactivos irresistibles que no tardan en quebrantar físicamente a los indecisos y fundirlos en una sujeción exhaustiva. Aprendiste la lección de carretilla: “El poder inspira su verdadera magnificencia al adquirirse no por imperativo hereditario, sino por vía efectiva”. ¡Conquistalo, ocúpalo y ejércelo!, parece constituir la clave. No obstante, apelas, en los momentos aciagos, a un iluminado de rostro amable y conducta intachable. ¡Gandhi!, ¿te dolió mucho el crimen con que los invasores se cebaron en tus ansias de emancipación en la negociación de su marcha?, habituaste los dedos a tañer el alma y girar la rueda —aguardaste paciente a la mitad de agosto. ¿Sabías, Mahatma, que los mercaderes indios encubrían con tu leve figura y formidable fama sus pesados intereses?, apoyaron tus ímpetus de independencia porque no querían la competencia de los comerciantes ingleses —seguro que no te pasó inadvertido.

¡Tú, Mandamás del demonio!, defiendes firmemente que el sistema con que esclavizas es bueno: castigas con ahínco y, sutilmente, corriges, sin humillación, incluso con clemencia. La supremacía —ganas de poseer lo que se rehúsa a los demás— se conjetura asegurada cuando se sirve del atropello; el abuso lo desempeñan los prepotentes exigiendo acatamiento a los que subyugaron brutalmente a raíz de sus desgraciadas resistencias —por ahora acechan su turno disminuidos—; y es que vencer al enemigo y mantenerse a sus expensas equivale a derrotarlo doblemente. ¿Y si la complicada insurgencia no amaina?, se tras-

lada entonces a sus protagonistas a los confines más lejanos. Se precisa una alteración brusca y decisiva, pero la masa desengañada —instruida por su práctica diaria que la ha extenuado en el padecer de las inclemencias de su imposible existencia—, se entusiasma cada vez menos por las doctrinas que lleven en germen la revolución, ¡son demasiado vulnerables en la agitación!, en los períodos de recuperación son más vigorosos —¡lástima que no se entretengan tanto con sus angustias colectivas de progreso y bienestar!—; continúan exasperados con el asiduo huésped que es la penuria por el ya largo asedio a que los tienen atados. Tus exorbitantes poderes consiguen amortiguar las sacudidas de las inquietudes provocadas por el exceso de los sufrimientos, aunque su ritmo se acelera al abandonar una minoría mayoritaria la actitud de resignación en busca de una vida mejor —anhela convertirse en un impulso que se encarne en la nueva cúpula.



VIII

La batuta torcida dirige las notas dolientes

A la criatura que fabricó su carácter insolidario piedra a piedra, arrancándolas de la estructura egoísta armada por sus semejantes, primordialmente le importa el poder por sus efectos. Invade, somete y desmembra con la mira puesta en la fortuna, el crédito, el prestigio y la gloria, y, no obstante, ¡qué amarga bofetada la de tener que tributar precisamente con el sello de su peculiar servidumbre! —tremendo rito que se regocija en sus propios altares y se deleita con su liturgia y sus mitos. El fasto que rodea al personaje y la dignidad grave y solemne con que se pavonea atestiguan su dimensión casi sobrehumana; ¿infallibles?, quizá complacidos en la estima de los halagos e impelidos al frágil concepto de entidad providencial inspirada por los dioses —tendencia elemental del juicio fracasado. Lo que el régimen llama religión no es más que el temor del que se vale para infundir paciencia en los infelices —nunca insistió más allá de los requisitos imprescindibles a la disciplina pública—, y halló con frecuencia en la defensa de los intereses divinos un pretexto con que disculpar sus intervenciones —vence la insana intención de que los libros sagrados abran las puertas al bulto de mercancías— ¿distinguió el guía alguna vez la imposición de costumbres del adoctrinamiento?, ¿por qué entonces abate su furia contra los movimientos de masas que exaltan la virtud y el amor? Dotado de una notable riqueza de estilo, de ordinario adorna sus farsas y se exhibe con un talante amable y bueno, ¿no pretenderá engañar con su preocupación por la salud y la prosperidad de las familias de sus seguidores? La principal cualidad del déspota, habitualmente dueño de sí mismo, radica en su capacidad de disimulo; el cortejo que le acompaña se lamenta de las mortificaciones que padece por sus atroces accesos —sólo sus más cercanos lo descubren sufriendo. Especula con el miedo y la debilidad, enreda con fábulas contadas en la lengua de sus elegantes salones —flexible e insinuada—; en suma, vive a expensas de las artimañas que sus domésticos ignoran, y encima se burla de ellos.

Manifiesta sus simpatías a los tramposos mediante regalos, y obsequia a los insaciables con menciones honoríficas y avances en sus carreras —la persistencia de las excepciones enfatiza aun más la descalificación de sus víctimas—; nítidamente, evidencia su antipatía por los escrupulosos y sosegados castigándolos con la pérdida de su favor —los obliga a girar y girar en el olvido más ingrato. Malévolamente, explota en su beneficio el odio que engendran los cuidados de que goza su comitiva y la amenaza que pesa sobre los desfavorecidos —resquebraja las diferencias y excita los conflictos. Su política, al igual que un coeficiente o el hielo en una grieta, afecta a los antagonismos con la enfermedad que amplía la distancia. Una de las prácticas que ejercitó fue la de oponer a los ambiciosos, y también facilitó, cuando lo consideró necesario, la ascensión de terceros a la altura de los otros —brotan las bajezas en los más y las heroicidades en los menos. Divide el mando entre celosos rivales y los cambia a menudo, porque el equilibrio del reino exige la norma espantosa y dolorosa de que ninguna parte alcance una supremacía tal que acobarde la existencia de las demás —únicamente en los ciclos en que la calma corona la fuerza resulta posible renunciar a la estricta aplicación del principio fraccionador. La clase púrpura prefiere a los competidores ineptos, ¿no son acaso incontables las espectaculares ceremonias en las que engalanan sus frentes con cascabeles y atavían sus cabezas con el tocado de los bufones?; en el protocolo de la entrega del símbolo de autoridad les ordenan repetir las idioteces más inimaginables, ¿se les ocurrirá a los necios creer que deciden? ¡Triste panorama la desaparición del protector!, sus partidarios fieles no encuentran ocupación y vegetan con lo que obtuvieron de sus rapiñas.

¿Y en el caso de que el sátrapa traiga del brazo el desorden de los vicios de la pereza, el lujo, la embriaguez y la incontinencia?, rompe la medida y... ¡ay de él y de los suyos!, jamás se consiguió restablecer la paz sin pasar por grandes tribulaciones. La calamitosa conducta provoca el saqueo de la razón y los caminos del entendimiento quedan desiertos —sobreviene la decadencia moral. Prevalecen absolutamente la intriga y la corrupción: nadie se fía de nadie, y básicamente cada cual confía su seguridad a la astucia que logra desplegar. El gusto refinado degenera en sensualidad, y la pasión por el conocimiento se trastoca en libertinaje. Con el apoyo de los humildes nacen las protestas y los alborotos, y a pesar de que, en realidad, el aprieto pertenece más al dominio de lo económico, toma cuerpo una noción marcadamente antropomórfica de la crisis; ¿quiénes sino los que gobiernan cargarán con la culpa de los disgustos? Fatalmente, se llega a un punto en el que el envilecimiento de la jerarquía empuja a todos —inmersos en unas circunstancias que empeoran de día en día— a una desesperación total que desemboca en la catástrofe. En los desgraciados períodos donde campea la anarquía, los gerifes encadenan a los doctos con los palurdos, e

inevitablemente las tradiciones intelectuales y artísticas de los pueblos se bastardean y el nivel cultural se abisma. Los símbolos del apocalipsis corren a situarse en el presente, y surge el espectro de las ciudades paralizadas y moribundas cuyos monumentos e ideales caen a pedazos. Las ratas componen el manjar más cotizado, los hombres hambrientos mastican a sus muertos, matan a los que agonizan y salazonan su carne —el estallido cruel se torna irremediable. ¡Qué sucesión, tan monótona como terrible, de ferocidad y destrucción!, ¿acallaremos en el futuro sus secuelas de sinrazones y estómagos vacíos?, ya se dijo, y yo lo recalco ahora, que la violencia constituye una falta de respeto creciente —no merece el aire que hace ondear su bandera incluso si quien la enarbola alega su provecho a la civilización. Oí a los archipámpanos hablar de la felicidad del género humano; probablemente se refieren a una cosa distinta del bienestar o tratan de ganarse a los pensadores —vía lógica que incide en la opinión— por medio de un cebo con apariencia de ilusión.



IX

Sorprendí este diálogo entre un novicio y el gran maestro del viejo vicio

—¿Quién eres?

—El líder que guía a la jauría.

—¿Cuál es tu función?

—En cuanto avisto a alguien de juicio despejado y desprovisto del aprieto que provoca la fidelidad inconmovible, informo de que su conformidad no es firme ni inamovible, y, ante la contingencia de que se transforme en dirigencia de una eventual resistencia, encamino contra él a los oportunistas circunstanciales —siempre andan a la caza de la más nimia emergencia.

—¿Por qué se prestan a tal ignominia?

—El afán de fortuna atropella a la rectitud, y el hambre de progreso social trastorna la enana cueva craneana. La virtud asesinada los lleva a cargar con lo que alcancen sus manos, y es que ansían escapar de los principios ahogados y de la gratitud asfixiada. ¿No te percatas de que la ambición de los arribistas nace de un desatado orgullo herido?, sí, fíjate que se les nota un engreimiento ofendido por una categoría que no los admite. ¡Chusma!

—¿Nunca tropezaste con uno que aguantase tus embates?

—Los que persisten en pensar distinto son olvidados; ¡qué ambiente de bulo tan perjudicial les suscita el ruido infernal del tumulto de la masa obediente! La manada, al primer pretexto, cansada de esperar, se lanza a devorar; ¿no termina la endemoniada algarabía por demoler los nervios dañados?

—¿Qué pasó con los camaradas que compartieron sus mismos proyectos?

—Los animé a la arrogancia, a la arbitrariedad; encumbré a los más codiciosos, incapaces e ignorantes, y sobrevinieron el desorden y la corrupción. Declaré que la traición constituía la nueva ética —veneno volante que contagia el aire. ¿Imaginas que después de lo que impuse perduren aún las adhesiones?

—¿Normalmente el jefe de la rebelión desaparece en la batalla?

—No es frecuente. Con solemnidad, el mando luce su magnanimidad en la ayuda al derrotado. Le sitúa en los aledaños de sus intereses y de cerca le vigila la púa de su engaño. Para entonces, el restringido vigor del reacio quedó reducido al de un animal atado y acosado. Solitario, perdido y prisionero de sus miedos, moralmente claudica.

—¿Cómo consigues mantener bajo el volumen de tu trabajo?

—¿No es un defecto que la más vasta concepción germine en la pasión por el buen sentido de los grandes hombres? Monopolizo la inteligencia y así esterilizo su efecto. No caben conjeturas: la razón madura según mi punto de vista, y llego con mis antagonistas pronto a un acuerdo —a la conclusión que tengo prevista.

—¿Qué te sucede en los momentos en que reconoces los males actuales?, ¡no pocas veces te vi comprensivo!

—Aparento que cedo terreno y únicamente gano tiempo. ¿Te da acaso la impresión de que no adelanto?; ¡te lo aseguro!, no retrocedo jamás en mis posiciones, y no dudes de que es en los giros lentos de las negociaciones donde consolido las ventajas.

—No oí con claridad el final de la argumentación.

—Es que cuando se me ocurre pactar algo ciertamente trascendente, bajo la voz —instintivamente recurro a las formas del secreto.

—¿Qué tramas empleas?, observo que siguen tus gustos.

—Desacredito cualquier otra vía alternativa, desprestigio al que la expone y afirmo públicamente que los resultados que se obtendrían los descubrirían a destiempo mucho peores.

—¿Por qué permites que un ceñido número de tus subordinados mejoren su realidad?

—Exclusivamente con el propósito de retener el avance del resto que me asquea. ¿No sabes todavía que se trata de la regla de oro en la perpetuación de

nuestros privilegios?

—¿Con qué artimañas procuras que acepte el de abajo su estado intolerable?

—Resolutivo, desafío abiertamente a la idea evolutiva y les cuento que es inevitable el orden obligado por la naturaleza imperturbable; ¿no brotó el invento cruento del submundo de los fatales sueños de los dioses?, ¿qué culpa me echan a mí de las clases?

—Si como en limitadas ocasiones acaeció, logran desbordar tu control, dime, ¿qué practicas a partir de ese instante?

—Aprovecho el menor descuido de mis rivales dominados por su obsesión despótica de destrucción. Concierto a las furias con el apoyo de una tropa carente de escrúpulos —siembran el desconcierto. Subvenciono la tiranía y dicto una formalidad que ampare a la reciente legalidad. Pacífico, someto y detengo la espiral diabólica de la revancha; recojo por demás la prosperidad que no rompieron. ¿No cumplo a la perfección con mi papel excepcional?

—Pero... ¿las decisiones importantes no se rubrican en esferas más altas?

—A los encargados de asumirlas les preocupa hablar con soltura de que gobiernan por derecho divino, aunque no salgan del lecho de sus amantes. ¿Qué remedio hallo sino actuar?

—¿Y en caso de triunfar, ejerces de idéntico modo con el vencido la manobra que antes me explicaste?

—Si su fuerza precisa de mi poder y no puedo aniquilarla completamente, lo atraeré con promesas y obviamente le pagaré bien su tarea de colaborador apreciado. Lo consideraré mi adversario, sin embargo, ya no es necesario que lo nombre sospechoso, porque le convendrá evitar que surja la subversión en medio de sus disconformes.

—¿Hasta cuándo las acciones periódicas del movimiento pendular entre la violencia y la autoridad?

—La historia es meridiana en eso. Todas las revoluciones ilusionadas recaudaron su impulso de la rebelión que produce la irritación y del temor que supone la represión de la jerarquía; ¿la marea de fracasos y podredumbres no reveló a las gentes de hoy que de aquellas agitaciones provienen estas procesiones desencantadas?

—Tú, dueño de los rebaños, ¿de qué madera estás hecho?

—¡No te atrevas demasiado, hijo!, si mi manera de entender la vida y de proceder en consecuencia fuese tomada por una criatura sana, acabaría por envenenarle el mínimo goce de su existencia.



X

El difícil equilibrio de los favoritos

Lo esencial para los que desean conquistar a toda prisa una posición destacada en la jerarquía social consiste en merodear tenazmente en los alrededores del poder, y auscultar sus prácticas habladas en voz queda. En la época del harén, ¿no vivían los eunucos más cerca del sultán que cualquiera?, ¿con qué frecuencia acordaron defender la candidatura del heredero más débil!, ¿la intención?, manejar sus inclinaciones con mayor facilidad. ¿Qué sucedió al concluir los tiempos del himeneo?, los castrados siguen, no importan los siglos, con el pórtico de la cúpula franqueado —en raras ocasiones escuché de alguien que atinase con la explicación, aparentemente paradójica. Los favoritos, moldeados con la madera de los obstinados orgullos, rapaces y glotones, inflados de pretensiones odiosas, amantes de sus ambiciones extravagantes y obsesionados por los excesos más inmoderados, consiguen participar en los gajes del oficio de medrar; ¿no obliga su escalada, irremediablemente, a la indignación? Los encontré, después de que lograsen encaramarse, hermanados plenamente con los caudillos —la fusión de aquello por lo que son y a lo que aspiran constituye el ingrediente básico de la goma arábica que los sustenta. ¿Quién se atreve a negar la evidencia de que los validos pueblan aquí y allá los gabinetes decisorios?, en sus buenos momentos, los noté borrachos de omnipotencia, aborrecidos por doquier, ruines e intratables. ¿Acaso no frustran lo que ansían por el ciego desvarío de abarcarlo?, presurosos por enriquecerse persiguen una ganga como los tigres y los lobos acosan a sus presas —inmoderadamente ávidos, acaban muy lejos de los tesoros que codician. ¿Qué señor de los destinos ignora a su acompañamiento imprescindible?, indefectiblemente, al caer el telón —y el paño siempre termina por echarse—, los rectores, y sus sostenidos también, pagan caras sus complacencias y osadías.

¿Y los ciudadanos periféricos, cómo alcanzan las prebendas?, con las monedas de sus bajezas compran a los predilectos sus continuas intervenciones próxi-

mas al dueño de sus caprichos. ¿Desconocen de veras que el timonel de las miserias ajenas resiste mal las solicitudes empalagosas de semejantes embajadores?, únicamente colmarían sus apetencias en los casos de coincidencia con las medidas que benefician el provecho del cacique. ¡Pícara maquinaria mental la de los enchufados!, cobran al contado su comprometida utilidad, mientras los escasos afortunados que recobran su contravalor sufren el efecto de los plazos. Hábiles con los esguinces del alma, tasan oportuno retener una parte primordial de sus servicios e instituyen que el comprador reciba la satisfacción completa de su demanda más reciente a la entrega de los cheques preliminares de la futura petición, y así, indefinidamente, —¡Dios mío, qué ataduras inquebrantables engendra la necesidad! ¿Las destrezas de que se valen?, predominan las perfidias rebosantes de calumnias, y con sus triquiñuelas justifican, echando mano en su equipaje de ultrajes, los más graves dictámenes; ¿cuál es el modo?, basándose en los informes que emiten en los comités donde toman asiento; ¿que quiénes los consultan?, aquellos que les ordenan aceptar sus intereses; ¿y a cambio, qué obtienen?, cargos, distinciones y pensiones con que gozan sus egos, a la vez que amparan a sus familias y amigos.

Es verdad, los procesos emancipativos engrandecen a los mejor dotados; igualmente es cierto que, en general, se desarrollan a causa de la apatía de unas voluntades condescendientes, pero no lo es menos que de esa desgana se derivan fatales consecuencias, y si no, revítese que en los lamentables descuidos con que permitieron armarse a sus leales cabalgaron sus peores enemigos. A pesar de que unos cuantos garantizaron su existencia al precio de la obediencia, el sistema en conjunto decae y pierde su cohesión —incorregiblemente, en los fragmentos se extingue la imagen de la suma. Las fidelidades de la escolta de lisonjas que en los preludios del arribo inspiraron confianza a sus jefes, luego se nombran irreconciliables y cuando no descargan un golpe, conspiran; los escrupulosos antepuestos abandonan al vencido y se pasan al campo del vencedor. El triunfo convoca a la astucia que se ocupa entonces en destruir las fortalezas personales creadas en la batalla —trabajoso combate tras la lucha—; ¡qué agitada biografía la del Mandamás y la de sus descendientes inmediatos!, peñan su gloria en la constante greña con el exterior y agrían sus humores con el disgusto de la disidencia interior —las tretas de sus embates se conservan tan frescas aún que sus propias salvaguardas les impiden intimar con nadie. Los protegidos, henchidos de soberbia por el apoyo con que contribuyeron, se apresuran a rebelarse —no reparan en que las artimañas de que se ayudan no pertenecen menos al monarca de sus pasiones por el hecho de que se dirijan contra él.

El acatamiento —poco duradero en los elegidos— precisa de la violencia —

atempera audacias— y exige la doma con regalos que ofenden —calman la voracidad. El padre de Lidio Creso humillaba a los nobles, rompiéndoles los vestidos y escupiéndoles el rostro; Creso llenó de oro la boca, los pliegues de la túnica y las botas de un insigne ateniense —por su estampa bufa la opulencia grotesca fue suya. No obstante, resulta perjudicial abusar: los mimados olvidan la multitud de cosas que les unieron a la supremacía y quizá diluyan las discordias que los separan de su rango —más temprano que tarde la conducta dolosa forma un grupo que se levanta. Objetivamente, el equilibrio de los hijos de la adulación y del desprecio es inestable; capean las tormentas desatadas distribuyendo promesas con juicio —suscitan entusiasmos— y otorgando alguna que otra ventaja —recompensan préstamos. ¡Qué terroríficas son estas negociaciones!, adoptan el aspecto de querellas perpetuas entre individuos sin principios. Su solidez la beben de la simpatía que ganen del superior —gracias a tal mediación prolongan su papel de auténticos caseros del reino. La regla parece ser: los *alfa* se imponen presionar a sus *beta*, con el fin de que intimiden al resto; los segundos han de sentirse más solidarios con los primeros en el grado en que se reconozcan menos identificados con los terceros —los perros, antes que pactar con la jauría recurren al pastor—; ¿y la cúspide?, no debe alejarse de lo cotidiano, porque extravía el contacto con la amplitud de sus devotos, ni tampoco agotarse en el castigo por los desmanes que ocurran de la cabeza a los pies de la estructura —indudablemente, las tentativas serias de sublevación se fundamentan en la seguridad de que la derrota corone la catástrofe.



XI

Monólogo contigo... Recuerdo tu semblante moreno en los días ásperos

Supongo que en alguna época te estimaste un ponderado soñador; ahora tu megalomanía se obstina en que todo debe quedar abreviado a escombros porque no se satisfizo tu ideal.

Te alimentas de tu egolatría y escoges las viandas de un mundo que trazas exacto a tu medida; ¿niegas que no admites en él a un igual?, lo consideras un intruso, competidor, y lo tratas de blanco perfecto.

Con poder y sin norte —tremendo peligro de las criaturas— dejas que la pausa interminable pudra cualquier iniciativa —largas y largas sogas de ahorcados, no te privas de tamaña ventaja.

Utilizas la persuasión —maestro de la farsa— y la coacción —experto en las ansias—, y eliminas aquello que disturbe, desnaturalice, ofusque y sustraiga a tus propósitos.

Siegas a tu antojo la inquietud que siembras en tu provecho; no explicas el porqué de la situación de marasmo ni el método que empleaste al objeto de salvarla —justifica tu intervención y basta.

Manifiestas con apenas disimulo tus preferencias en la secuencialización de los asuntos pendientes —valiosos en su totalidad—: a ritmo lento, las demandas de los opositores, y de arreglo rápido, las solicitudes de tu corte de aduladores.

Tu altanería te contuvo a perdonar la labor de los creadores y enfrentaste tu rostro impenetrable al cordial. Y en el mejor de los casos, sostuviste el burdo sentido común del vendedor ambulante.

¡Dios mío!, tu historia transcurre entre las disputas con tus contrincantes, la arrogancia intolerable y la codicia ilimitada, ¿ciertamente no impone lástima este hombre?

Tú, jefe de los amos, no renuncias ni a una cabeza de alfiler a la que concibas dentro de tu derecho inalienable de guardar y te aprecies con la autoridad de custodia, ¿preguntaste si tal prerrogativa te pertenecía?

Aseguras que te preocupas de amparar el orden legítimo; truhán, lo que predicas implica prohibir la reforma más nimia y conservar tus privilegios y los de la camarilla que te obedece.

Tus bastardos resisten en secreto, y en cuanto se les presentan las circunstancias propicias llevarán adelante la ofensiva que diriges agazapado en las bambalinas de tu circo.

¡Zorro...!, adiestras al débil en el rastreo y el acoso de tus víctimas, integrándolo en la jauría que te acompaña —ienvileces a los que con otro temperamento serían honestos!

Los figurines obrados con el fango de la mediocridad caminan oblicuos por el defecto de la cojera, y con las lenguas espesas de mentiras; les exiges hablar con el verbo tramposo y seductor.

Te descubrí en más de una ocasión impartiendo lecciones de astucia y de ferocidad; fanfarrón, ¿no comprendes que dichos ejercicios no sirven más que para salir del paso?, ¿y las soluciones?, ¿nunca sucederán?

Oculto, a la usanza del cazador, te observé —impedí que lo advirtieras— agachado al estilo del buitre alrededor del resto humano que acabas de morder —de esa manera acallas tu hambre insaciable.

Practicas la virtud tuerta de la palabra incumplida; y por ello, tomo asiento en un ángulo discreto —no me ves allí y conjeturo que la sombra constituye una bendición divina.

No te ilusiones con esconder la enfermedad: padeces —se te dibuja en la cara— la pasión de adquirir, y aborreces la obligación de restituir —ya la dolencia es crónica.

Tu vocación de ambiente, el de la chusma; tu pelea, un duelo de mi verdad contra tu falsedad, y la guerra de escrúpulos restringidos en la que te empeñas es la de los bandoleros.

Más que colaboradores, seleccionas a perros favoritos de hocicos babeantes de rabia, que a ratos pateas y por instantes acaricias —supuras resentimientos del color y el olor del pus.

Me llegaron noticias de tu malhumor, motivado por mis opiniones particulares en torno a tus criterios; los juzgué equivocados y lo dije exento de segundas intenciones. ¡No soy un traidor!

Desde luego, trabajar en tus proximidades equivale a desarrollar una paciencia paralela a la de Job. ¿Cómo sortear tus marrullerías?, la red de embustes que tejes enreda y amarga a la mente más clara.

Acaparador del brillo de no importa qué proyecto ajeno, rateas mis trofeos y te atreves a desacreditarme en tu reducto; ¿te pretendías califa?, ¿no percibes que tu trono es una cisterna en la república de los retretes?

La semilla de la envidia que te corroe de día y de noche exclusivamente necesita que la permitas germinar —no precisa ni agua, ni tierra, el abono lo suministra tu viento fétido interior.

Con la mayoría de edad, tus objeciones pesaron bien poco en mi alma —frenó la carrera en mi ingenuidad de juventud. Sobrevuelo por momentos —cada vez más dilatados— la libertad y los tributos que me reclaman tus esbirros, los pago a gusto.

Y, no obstante, después de un pacto roto —como tantos— no dudas en recurrir a una persona sabia. ¿Recuerdas el feo papel de Franklin en París?; el porte bondadoso ayuda en los pantanos del compromiso violado, ide qué modo apaciguaron los ánimos airados franceses por la deslealtad estadounidense sus grandes zapatones y las medias de lana!

Tus reflexiones son auténticamente hábiles, aunque no distingo signos de nobleza. Serpenteas con tu pragmatismo por los resquicios de los sofismas más sutiles —jamás reparé en tu conducta las ganas de aplicar la herramienta sana de los silogismos aristotélicos.

Donde únicamente existe carencia es en tu inteligencia que deformaste, ¿conseguiaste por último contentar tu vanidad dislocada?; disciplino mi sinceridad al confesar que sufrí lo indescriptible en los saltos acrobáticos de tus pensamientos acorralados durante las fechas de tus postulados caprichosos.

Haz lo que te pida el cuerpo con tu tiempo, por mi parte me familiarizo con el mío —a la postre, queramos o no, ejecutará su función de sepulturero. En la soledad del camposanto, el silencio dictará quién de los dos mantuvo la razón

despejada en la orilla de los vivos.

Preparas mi tumba, pero... ¿no aprendiste que el vuelo de los años también cava inexorablemente la tuya?, y mientras acostumbraste los ojos a su oscuridad, yo entretuve la mirada en la transparencia del aire. Al fin ambos nos echaremos encima de la mortalidad. ¡Tú, criado fiel, me abriste el lecho!

El arma de los ruines —y tú eres el monarca en el reino de la perversidad— adopta la forma del engaño —¡qué tufo!—; a tus vencidos los reconozco uno a uno por el inconfundible aroma del desengaño que desprenden sus esperanzas destrozadas.

Tu biografía entera —me parece eterna— no confiere la oportunidad de entenderla, ¿cabría acaso que yo, que la conozco muy de cerca, alcanzara a imaginarla?; en realidad, opto por olvidar antes de tu ocaso el recorrido penoso que engendraste.



XII

La jerarquía, jaqueca del destino humano

El sistema construido responde a una necesidad de orden, y la fortuna parece que establece el criterio más eficaz de estabilidad; ¿no menosprecian los que se embriagan con oporto a los borrachos del ron? La estratificación corresponde a una determinada manera casi universal de sujeción política; no pertenece al terreno de la duda: en los lugares en que se patentizó la inseguridad, la vocación por las reglas se organizó con más rigidez —se guardaron las categorías con ahínco y se doblaron las distancias. El buen funcionamiento de la estructura se mantiene primordialmente mediante la progresión social; el poder estrecha lazos con los que suspiran por tocar el triunfo —las promesas aflojan sus bolsillos— y seduce las firmezas de carácter admitiendo y apoyando oficialmente sus méritos —los premios despabilan el ingenio que los consiguen—: la cúpula y los que pretenden su cumbre ganan. Un postmoderno quizá conceptúe mezquino este honor de campanario; duele de veras cuando alguien descubre que la riqueza dilapidada nace y se renueva a partir de la febril actividad de los infinitos indigentes, al precio de su extremada desgracia. Resultan imprescindibles los espíritus excepcionales que la presión de las ocasiones conduce a estados relevantes —arrostran voluntades y se imponen por su autoridad—; en cambio, en la conciencia colectiva palpita una amenaza: la preeminencia individual; nadie declara el temor —en secreto confiesan sus recelos— de que se conviertan en déspotas —únicamente, los de miras muy altas escapan a la tentación del abuso de la fuerza. ¿Se conocen acaso suficientemente los mecanismos que los controlen?, ¿evitarían que situados en la cima adquirieran hábitos dañinos? La delicada malla descarta la catástrofe en caso de que defienda las etapas y vigile que las promociones no trastocuen el ritmo acreditado por los milenios —la lentitud en subir simplifica las adaptaciones y las pruebas. Infunden pánico las carreras fulgurantes, ¿el más próspero y soberano no fue también el más indómito?, su veloz escalada contribuyó a acelerar la osadía de su inmoralidad. Se busca en vano al protector menos peligroso, que distraiga las angustias con letanías y

además con nueva —testimonio de un sentido estético profundamente emocional. ¡Cuántos rubrican con su sangre el señorío de quien los vincula a modo de medios elementales!, ¡qué tristeza inspira el rebaño amarrado con tributos!

Las más elevadas dignidades trabajan holgadamente, gandulean a su antojo e inducen a un deslumbramiento que proviene de la fascinación provocada por el éxito e influencia que poseen. La cúspide prácticamente cede contadísimos puestos a la primera generación en ascenso —alienta el entusiasmo de que tal imprevisto es factible—; los caprichos de la suerte sonreirían con posterioridad al desvelo de los descendientes luchadores. El intelectual ambicioso —me percaté de demasiados— aspira al reconocimiento de su capacidad, al prestigio, a la fama —expían caro cada peldaño— y por último al pináculo de la gloria. Tomé nota del artesano que ocupa sus manos al inicio de su particular encaramamiento por el entramado, y rápidamente distinguí que colocó su ideal en un pequeño taller, con brazos que ejecuten entonces sus faenas de ahora. En lo hondo habitan afligidas las clases bajas entregadas a incesantes privaciones, hundidas en sus menudos quehaceres; ni los milagros logran desahogar las duras existencias y avanzar a una posición mínima indispensable. Es bien palpable que la emancipación económica constituye una condición ineludible de cara a la independencia ética y a la libertad de pensamiento que funda —arrastra con frecuencia a gestos de insumisión, ¿no suscita un llanto inextinguible la infelicidad que trae consigo la depredación por mejorar? Como, por otra parte, la mayoría de las veces las luces no alcanzan a los arrabales, y sus moradores sólo se relacionan con sus hermanos de calamidad —un foso infranqueable los separa de sus amos— permanecen incultos; gustan de las diversiones brutales: el boxeo y las peleas de gallos. Se dijo que aplicar a los ignorantes los vastos preceptos de la lógica exclusivamente les acarrearía confusión —Voltaire les preconizó yugo, aguijón y paja. ¡Dios mío, quintaesencias en las élites y vulgaridades en las masas!

La multitud se ha manifestado tenazmente instintiva en su grosería y crueldad, ingenua en sus algaradas e incontenidamente rabiosa en sus cóleras; no obstante, entiende que el valor, la habilidad y el talento merecen su admiración. No cabe discutirlo: batalla por su salvación —su número se estima riesgo— y se trata pues de proporcionarle el sentimiento de su inferioridad al objeto de que no se despierte en público la sospecha de que el mando es bastante más que un dueño dictando sus extravagancias, ni se estimule la misma noción del derecho. Si son proclives a la turbulencia, lo son en razón de que no aciertan con el camino adecuado para corregir los desvíos con sus reivindicaciones; la furia los vuelve vulnerables por la falta de coordinación entre las energías paralizadas por la desunión —llevan adelante constantemente la revolución de los demás,

los que dirigen la operación consideran su ayuda esencial. A la muchedumbre se la requiere dócil, ¿no se asegura así su esclavitud?; ¡qué deplorable espectáculo observo en los desheredados obligados al respeto frente al decreto de las castas!, la resignación. Enjuicio a la consigna escrita con los rasgos de la violencia y del engaño, y el uso de la hipocresía y de los procedimientos desleales me irrita. Los miserables, reducidos y despojados de cualquier traza de insolencia, andrajosos y carentes de orgullo, pagan el lujo de los ricos y grandes —lamentable final del látigo al servicio de la soberbia. Adivino fácilmente el formidable obsequio con que favorecen a los beneficiarios de la aplastante jerarquía —ofrenda anónima y magnífica. Los menesterosos producen desconfianza, por lo que se precisa vigorizar las capas más acomodadas en los sitios en que queden, y en los que no, propiciarlas —amortiguan el alboroto de sus impulsos de ira. Se oyen quejas, aunque pocas cristalizan en torno a supuestas insurrecciones; un empuje indisciplinado es más y más terrorífico en tanto que siquiera el letargo consiga impedir su composición —realmente comprometedor. De todas formas, ¡qué sarcástico panorama el de aquellos que combaten por conservar sus propias cadenas!, o... ¿son granujas? El mundo es un auténtico océano humano del que singularmente emerge un puñado de sabios, pero... ¿dónde cojones se esconden intimidados?



XIII

España duele

En mi mocedad —anteayer— contemplé a los campeones de toda razón en las afueras de la sociedad: o en la cárcel, o sufriendo el destierro; después que rebasé los treinta, los encontré en las cumbres de los asuntos públicos, luego observé cómo poco a poco fueron alejados del centro, y en la actualidad la moda parece consistir en que las manos más torpes y sucias metan a los protagonistas del pensar por su cuenta dentro de los lúgubres sótanos del desprestigio. ¡Demontre círculo de ambición con que un grupo de jóvenes ayer —desilusionados hoy— recuperan de épocas supuestamente vencidas unas formas despreciables y viejas! Gracias al voto pervirtieron la democracia en su fundamento apenas subieron al carro; probablemente, hallaron excitante el punto de la pegajosa jerga del poder, bastante reducida además de insinuante. La vanagloria los condujo al abierto despotismo, crisparon al país hasta límites inaguantables; de veras, temo que esa comitiva de retrasados continúe manteniendo encendida su monstruosa mecha. Que nos expongan sus argumentos como quieran: acostados, sentados o levantados no lograrán disimular sus comportamientos entregados al vértigo del corto plazo, arrodillados.

Comprenden la dignidad de sus mayorías en la métrica del canje. Esclavos del tanto que se esfuma al instante comercian con cualquier decisión; domeñan la conciencia postrada de demasiados —sus juicios no atinan con la independencia que ansían los hombres rectos. Cometieron el disparate de elevar el pragmatismo —astucia de una lógica— a la categoría de moral. No por incurrir en una arbitrariedad el pueblo los califica de sinvergüenzas, sino por sus permanentes desvíos de los bienes del dominio común a sus parcelas particulares. En lo que conocen algo más que el resto usan de la propaganda, y en lo que reconocen su inferioridad inflan las arterias con audacia roja y corren al lado de la suerte; ¿quiénes aplauden sus majaderías?, exhiben sobrada ramplonería y sus seguidores no pasan de canallas. Los pintaría cornudos, ¿saben del roñoso

papel que desempeñan engañando con la mucha pantomima?, en momentos delicados oí que iban a rezar y sólo profirieron blasfemias. Por lo visto creían mentir con impunidad por disponer de la ligereza del ciervo, pero al caer ahora en la zanja probaron con el salto su parentesco natural con los asnos. Viven igual que el gusano intestinal, rodeado de excrementos.

Constantemente violan la ponderación; en sus promesas distinguí intenciones laterales que impurifican el aire, hacen impracticable la paz. En lugar de poner letreros en las puertas de los despachos con el nombre del profesional, deberían haber escrito “en el interior reposa fulano de tal”. ¿Me concederán los dioses el privilegio de brindar cuando muera este jodido sistema de cosas en mitad de las ruinas humanas que exaltó?, empalaga la abundancia de abusos superfluos a diestro y siniestro. Su trágica mediocridad justifica la obtusa aversión a buscar un entendimiento con los demás, y es que la nomenclatura soñó con la libertad enferma que da una autoridad ilimitada. ¡Coño!, ¿únicamente existe la dicotomía entre las posibilidades de cantar a dúo o concertar un duelo? ¿Apostarán porque sus impertinencias de encefalograma plano constituyan el primer tomo del derecho de costumbres?



XIV

Por desechar las brújulas ayer, hoy todos a la deriva

En cuanto los más osados descubren que existen múltiples ruedas de la fortuna en lugar de una, actúan según el papel del saltimbanqui: contorsionan el sentido de las grandes palabras y sus criterios individuales parecen de goma auténtica; ¿el honor?, probablemente lo consideren un aturdimiento incurable, ¿la picardía?, acaso signifique en sus planteamientos más íntimos un fugaz relámpago de lucidez. Les da igual ennegrecer el marfil que blanquear el ébano, ¿lo verdaderamente importante?, ¡el poder joder!, ¿no? Conciben que el derecho a discrepar equivale al de un pasajero que decide tirarse de la cubierta en alta mar. Nunca otorgan la oportunidad de ganar por méritos un puesto, porque basan su autoridad en el temor que inspiran los desmanes; así únicamente alcanzan a llegar los reptiles, ¿no comprenden que con los años a partir de una raíz torcida no crece más que el odio? Afirman proteger a los más necesitados, y en cambio proceden idénticamente a las moscas, ¿no se sienten más a gusto en llagas ajenas? ¿Qué es todo eso?, ¿un drama representado por una compañía de aficionados?, ¿un inmenso hospital redondo del tamaño de la Tierra?, ¿la realización en el tiempo de una Idea Primordial enloquecida? En lo personal, creo que con sus argumentos de taberna y sus remedos palaciegos ofenden en exceso a la paciencia humana —imitan bastante bien al predicador callejero. ¿Dónde el centro de gravedad de un sistema de tal naturaleza?, justo en el agujero negro del culo.

¿El juego refinado que practica la ruin cáfila depredadora?, mantener a los demás en un constante estado de emergencia que les impida discurrir con la imprescindible serenidad. La mayor fatalidad que puede suceder a un honrado semejante mío es que logren acobardarlo; desespere de los obstáculos que ponen a la razón —yo mismo padezco ya de un crónico pesimismo antropológico. Ni por casualidad tocan una sola nota original, ¡qué manos tan terriblemente

guarras y tan espantosamente artríticas!; lo malo es que desaparecerán demasiado tarde para como llenaron sus años de mandato. ¡Que quede claro!, entre ustedes y los ciudadanos mide la diferencia que media entre un asesino y el hombre educado que aprendió a usar las armas. Defienden lo indefendible ora por la fuerza del número que juntaron con la falacia de una extraña aritmética de votos —propios y alquilados—, ora por la farsa fácil del caos que dicen traería consigo el gobierno de los contrarios... Quizá sea cierto que en el Cónclave Vaticano nadie elige, sino que particularmente revelan la opción divina —por desgracia, los sencillos de a pie no vestimos el púrpura cardenalicio. Les duele la cabeza por el último revés, ¿y las incontables trampas que organizaron a lo largo y ancho de sus inacabables legislaturas? ¡Cuidado con que “el escándalo aún tiene poco fondo”!, ¿no aprovecha la espuma el que las olas acuerden morir en la orilla? No compone una buena costumbre el abandonar los barcos a causa de vientos adversos... pero a este pobre no le restan ahora ni siquiera las arboladuras.



XV

¡Nadie es perfecto!... unos más que otros

Me asombra la eficacia con que los granujas de la política reavivan día a día el pesar del desánimo: acallan una voz en medio del griterío sordo de la gente aquí y motivan allí el discurso de un sicario en mitad de una multitud indecisa. Hurgan bolsillos honestos y saldan con los felones de oficio su obediencia bastarda. Continuamente estigmatizan a los que no proceden conforme a sus criterios —dominan el torcido mecanismo para obligarles a la dependencia. Fomentan el que la ley no disponga de suficiente consideración en el solar patrio y cargan a la ciudadanía con las cadenas del descaro más impune —¡amigo mío!, ellos amos incondicionales de la situación, tú y yo cautivos. Ya en tiempo de los egipcios llamaron *filetas* a los ladrones que simulando abrazar estrangulaban, ¡Dios mío, qué asfixia crónica padecemos todos ahora!, creo en que el espíritu del pueblo forzará la garganta antes de perder el buen juicio por falta de oxígeno.

El desencanto sucedió al cansancio, ¿en qué remoto rincón de los sueños embarrancarían estos miserables la esperanza necesaria? Sus cabronadas generan en la mayoría apatía e inhibición, en unos pocos despiertan indignación y en escogidos provocan la sana rebelión. El cuerpo entero me pide a cántaros arrearles puntapiés en la diana del trasero; ¿cómo explicarlo?, en esos momentos me acuerdo de las tremendas ganas que sentí durante la niñez de golpear la espalda del atrabanco con que acababa de tropezar. Afortunadamente, cada vez engañan a algunos menos: la rígida cáscara del desplante permanente no logra esconder un interior en avanzado grado de corrupción. Escuché que la memoria histórica actúa siempre de fiscal; con certeza, ¿qué ocurrió?, ¿la mandaron a casa en excedencia?; cualquier pelafustán campea por sus respetos, germina de nuevo la semilla pútrida de los compromisos quebrantados y la minoría reinante apesta irreversiblemente a carroña.

A menudo, los eternos majaderos recurren a la sofistería perversa con apariencia exculpatoria de “¡nadie es perfecto!”; entonces les replico —serio por

fuera y lleno de risa amarga por dentro— “hombre, sí... unos más que otros”; a sus persistentes insistencias histéricas de “¿acaso equivocamos el rumbo?”, les oriento “por ahí, el camino llega a las letrinas” —igual que las pastillas de jabón se gastan nadando en la porquería. Los ineptos meten la pata hasta el fondo y de cuajo cortan el pie a los testigos, ¿en los próximos años quiénes circularán por el país sin muletas? ¿Y cuando descubran que no disparan más que ideas estériles?, ¿segarán cabezas a barlovento y sotavento?, no, en absoluto quiero pertenecer al jodido cortejo de “a lo mejor cojo y a lo peor decapitado”.

Los demagogos zamacucos que maniobran con las ilusiones desprovistas de malicia andan cerca de pagar caro el infausto desatino de pretender ser más listos que el resto, ¿olvidaron que en los dientes del diabólico engranaje de las cosas torpes también quedan atrapados los más tramposos relojeros? Diría que alumbran, e incluso que deslumbran, aunque... es bien sabido que los tristes soles de invierno no calientan. Por tanta santa paciencia rota no podrán acusar del fin brusco que sobrevenga a la descomposición de su penoso régimen —cuento demasiadas las insoportables infamias que cimentan sus éxitos, y opino que ni siquiera una sola debió producirse. Nada hace pensar que el tiro de gracia a un estado terminal de tales proporciones configure un crimen. Oí que los héroes sudan sangre... ¿qué nombre darles si de sus poros no manan sino coágulos?



XVI

Mercachifles de la voluntad popular. Patología

Apenas salta de la cama esa dichosa tropa pone en marcha su particular Tedéum, que se acalla exclusivamente al apagar la luz, ¿no entienden que la tremenda pesadilla de sus desafueros agota a los que optan por la misa de diario y en voz baja? Continuamente intentan llamar la atención, ¡qué rastros en tanto no lo consiguen!, ¿no los observé implacables con cualquier protagonismo ajeno?, ¡caramba!, no encuentran gusto a nada si no colocan su yo en todo y por encima de todos, ¡vanidosos! A sus altanerías majaderas no las acompañan gestos de valor, ¿cabe calificarlas siquiera de insolentes y ridículas?, ¿ostenta alguna nobleza el defenderse con insectos infectos? Al parecer nunca les importó la verdad, sino las chácharas de bares, el turbio manejo de la opinión, las comidillas de pasillos y los chismes de despachos. Ciertamente, la visceralidad de aquellos que perdieron el sano tino cobra habilidades que la imaginación de los más avezados no había soñado.

Hablan con cortesía a éste y al otro adversario, pero cuando los tienen bien agarrados les aplican los preceptos propios de la venganza. Los más fieros enemigos de la raza del hombre saben que el combate abierto deja hondas secuelas de animosidad y por ello prefieren halagar, prometer, corromper, ¿no los vi contraer inesperados compromisos con sus presas?, simplemente, querían ganar confianza con el fin de masticar. Nadie logra engañarlos: incluso en la cercanía de los indignos intereses que provocan las refriegas más acaloradas operan con una calma odiosa, o identifican sus propuestas con las ofertas de sus cómplices o pactan con los antagonistas —el tamaño del desprecio es tal que la única cuestión consiste en parar unos cuantos pies, da igual a quiénes. Bilis en lugar de sangre riega sus cerebros depravados, ¿acaso no se nota en el modo de razonar que los caracteriza?

Los pérfidos mercachifles de la voluntad popular discriminan según las pautas del reino animal, ¿no dividen a las víctimas del género humano que les co-

rresponde en opositores y aliados?; atajan los vientos contrarios con la superioridad que les otorgan sus amigos del poder; ni uno sólo entretiene el tiempo en los argumentos de los que consideran culpables, aguantan la ofensa o fingen no sentirla de acuerdo con sus incumbencias, no exterminan a los intérpretes del drama, ¿de quiénes recaudarían los tributos que les permiten mantenerlos a raya?, la astucia redacta la fuente del triunfo bastardo. Como al envidioso más reacio les resulta más familiar cortar piernas que crecer. Gracias a una alquimia infernal engullen y estercolan segundo a segundo... los conjuro peores que las malas bestias —matan, matan la buena fe por diversión.

Las carcomas de huesos mecen las horas refocilando sus deplorables instintos en un cosmos grotesco donde levantan tronos de cartón piedra, porque perciben que la amplitud de sus emociones no va más allá del insignificante vuelo de una fantasía con alas rotas. Hijos de circunstancias, irrespeten de una vez a las madres de sus acciones! Cagarrutas, ¿qué conocen del individuo hecho a sí mismo? Invertidos sin agallas, ¿pretenden que coticen las rivalidades perezosas y no una fibra recia? Palanganeros, ¿cómo detener las putadas que les sirven para joder? Cadáveres fuera de sus sepulturas, ¡apestan, coño! ¡Ah, cabrones!, al lado de ustedes el jefe de los demonios semeja un colegial. ¿Comprenden ahora, señores, por qué tarda en aparecer la horma de sus zapatos?, ¡tranquilos, que a ningún cerdo le escamotean su San Martín!



XVII

Con fracasos privados la política obra éxitos públicos

¿Sostienen en secreto que sin ustedes nadie logra prosperar?, ¡anda y que los empalen juntos! ¡Narcisistas!

¡Ni siquiera sonrojan sus mejillas!, ¿por casualidad, llevan la cuenta de en cuántas ocasiones los pillan en mitad de cualquier patraña? ¡Caraduras!

¡Uhhmm...!, cada vez que intentan destacar parece entera la educación, ¡paren!... que sus nombres no nombran a las cimas del mundo. ¡Pedantes!

Al oír cómo aporrean la desgracia, los que consideran la música afirman: harían mejor papel sentándose encima que delante del piano. ¡Rachmaninov municipales!

Ya se sabe por qué actúan fuera del teatro: les saben a poco las tablas del escenario. ¡Farsantes!

Frente al patio de butacas ofrecen el rostro amigable del cantante, puertas adentro mantienen el ceño absolutista del apuntador. ¡Oh señores del Universo!

Siguen la tarifa de las prostitutas pobres que babea infinita hambre odiosa. ¡Ay de sus precios!

¿Pretenden que los que nacen para hombres entretengan el tiempo con lombrices de desperdicio? ¡Engreídos!

Los sensatos no desenvainan jamás la razón contra sus molestias. ¡Piojos!

Aunque alardean de generosidad, profesan tanto amor propio que no les

queda una pizca que dar. ¡Egoístas!

Anchan sus pechos con la adulación, pero... ¿no advierten que sus alturas descienden? ¡Enanos!

¿Todavía no acaban de descubrirlo?, quienes creen perros fieles no son más que canallas de la peor calaña —mueven los impulsos de sus marionetas según exigencias viscerales. ¡Torpes!

¡Qué manera de apretar!... ayer, vendaje, hoy, mortaja, ¿no se les nota a los suyos el aliento seco? ¡Condenados curanderos embusteros!

Los que sufren reconocen en sus métodos un medio: miden el miedo con que consiguen avasallar. ¡Bandidos!

Rehúyen el conflicto ante la posibilidad de perder y pelean cuando entienden que van a ganar. ¡Cobardes!

Y llaman paz a una tregua en precario. ¡Astutos!

Por comprar silencio enlodan conciencias de muchos con patrimonio de todos. ¡Sacrílegos!

La imposibilidad de satisfacer miserias y pecados en cuerpos castos les suscita una ansiedad incontenible, ¿por qué tienen los demás que cargar con el capricho de tales servicios? ¡Pederastas!

¿Se sospechan carroña en vida?, aún no llegan los buitres y, no obstante, comienza pronto el festín de la mutilación. ¡Desechos!

Fermentan igual que la basura, y padecerles implica que los malos se transformen en perversos, un puñado de tibios en lacayos y otros en honestos; ¿y los buenos?, con el dolor disciplinan y desarrollan lo más elevado y noble de sus naturalezas; nunca pagan por completo el excelente trabajo. ¡Benditas sean sus impurezas!

¡Qué extravagancia pone en sus vanaglorias la carne humana de matadero! ¡Ah de sus destinos!

¿Les queman los dedos?, ¿a santo de qué apagan la vela de los sueños y quimeras?... la envidia continúa honrando méritos ajenos. ¡Alivien su misantropía!

Dicen que con sus cálculos hielan al más frío de los corazones fríos. ¡Calienten la sangre!

No quieran disculpar con los treinta y siete grados de unos cerebros cuerdos la temperatura que alcanzan los carbones al rojo en sus cabezas; de una guerra con la verdad y la justicia tres o cuatro sacan alguna ventaja. ¡Suelten las amarras!

Reparen sus íntimas majaderías, ¿no comprenden que sólo unos cuantos se avienen a dedicar sus existencias a la perfección de extraños? ¡Por favor, centren el protagonismo en la gente de a pie!



XVIII

La Universidad duele

Considero indispensables las garantías individuales, el arbitrio equilibrado de los conflictos y el mantenimiento de la seguridad de cada cual; ¿que por qué doy tanta importancia a unos hechos aislados?, ¡endiablada argucia facciosa!, porque con demasiada frecuencia la transgresión del derecho imprescriptible que asiste a una sola persona —incluso el de rebelarse frente a un atropello— constituye el prólogo del insolente atentado impune contra el resto —cuestión bien notoria de simple oportunidad. La falta de imparcialidad en las autoridades origina de forma ineludible un ambiente de auténtica incertidumbre e incomodidad donde los saludables choques de una convivencia académica jamás tendrían que haber rebasado el plano de la sensatez característica del saber —permanecer en pie a costa de adhesiones inquebrantables no mide ningún grado del conocimiento que se calcula. La situación irrespirable favorece a que los perjudicados, hartos de la desigualdad, descubran que el engaño metódico, la grosera bellaquería y el abuso de violentar la frontera del buen criterio componen el Norte; a lo peor esta gente abandona el sano camino de reclamar, toma por su cuenta los privilegios de la camarilla que mangonea y con ella precipitan el culo en los lodos hediondos. ¿La historia?, una mujer que los siglos preñaron en toda esa suerte de casos; un cierto poder ejecutivo pasa entonces de los órganos presuntamente responsables a las manos de cualquier juez de sus causas particulares o vengador del vil castigo que padeció. Por culpa de no imponer cordura a tiempo para acabar con el endemoniado ciclo, unos pocos decidieron buscar asilo en los tribunales; y del éxito cabe imaginar que la cola de peregrinos irá en aumento —unos y otros necesitan fármacos que combatan el atroz dolor de cabeza. Debido a que antepongo la prescripción de Locke a la de Hobbes, apuesto por la coexistencia pacífica en lugar de prolongar una pelea irracional; no conviene avergonzar con la moneda de las promociones dudosas una marcha normal, tampoco tratar la perspectiva futura de cargos como un asunto de beneficencia, ora tú y ahora tú —soborno y espuela, imalditas conductas vicio-

sas!—; creo mejor dejar de lado rápidamente la bochornosa zafra de voluntades que convierte a trabajadores ejemplares en cómplices vulgares —¡adviértase que guardan reverencia mientras sacan provecho propio!, ¡ay por los recursos presupuestarios que tornaran escasos!, crecerían los desgarros. Y es que si prima regir con la tiranía del voto —traidor disfraz de la democracia— el número esconde la horrible cochambre de las vivezas que empleó en conseguir su objetivo. ¡Vuélvase al consenso primero y sincero de cuantos participaron en que fuera posible la Institución! ¿Cómo ocurre que con tal abundancia de ciegos nadie vea la ruina del país?, la crisis entre gobierno y sociedad, hasta ayer exclusivamente ética, devino ya en debacle generalizada, ¿los astutos preferirán quizá las alegrías sofocantes de las prostitutas y ganar a río revuelto alguna pendejada? Recuérdese el viejo proverbio castellano: “cuando los que mandan pierden la vergüenza, los que obedecen pierden el respeto”.



XIX

Ayer, César en el Rubicón; hoy, Napoleón de los limpiabotas

¿No recuerdas que escalaste púlpitos señeros subido en muchas ilusiones jóvenes?, una vez arriba descubrimos una a una las mentiras con que intentabas disimular tus jorobas —inútil reloj sin manecillas: inútil parado, inútil en marcha.

Tu carácter parlanchín constituye una verdadera amenaza, ¿confías en que hablando y hablando vas a convencer a los que te ponen oídos?, una recomendación: gasta talento sobrio y ahorra cháchara con alcohol —icon qué descaro paseas tu conducta borracha!—; ¿el regusto ácido no procede de la capacidad de embriagar con que te presentas?, ¿por analogía con los vinagres del vino de tus bodegas?

La tiranía que ejerces no refleja más que un interior cautivo; en tu sistema antidarwinista triunfa el menos apto, ¿acaso no convertiste en cómplices a los más ineptos?, ¿no sientes que te obligan a desempeñar el papel de déspota?

Plantaste la semilla del temor en brutos que cubren con fango lo que ignoran —no cosechaste más que maña con saña, y eso que favoreciste desmesuradamente sus carreras.

¿Qué esperabas sino aduladores constantemente dispuestos a volverte la espalda apenas fallen los resortes con que consiguen sus prebendas?, ¿reconocen mayor lealtad de la que declaran por un plato de plátanos y por un lecho donde fornicar?

Hinchas a tus torpes igual que a globos, ¿aspiras a que cumplan con tus planes después de que afirmen el culo en la cumbre?; una aseveración: no acatarán los juramentos, ¿el mal de altura no desorienta sus calabazas por cabe-

zas?; escapó a tus tentáculos un desalmado que dio pésima cuenta de mi amistad y ahora revienta tus viejas tretas con la misma pólvora.

Guardián incontrolado, dices proteger a tus camadas obedientes y revuelves bilis negra contra tus propios cachorros —actúas peor que el galgo con las crías de conejos.

Vil que envileces a aquellos que te sirven y los haces serviles, ¿con tal mentalidad carroñera tu tribu de parásitos no estranguló las reivindicaciones necesarias que deteriorarían un orden cuartelario y amagarían tu desquiciada unanimidad?

Murmuras, hieres y tiznas, iseñala un valor por el que importe pelear en defensa de tus ofensas!, preferimos los puños del error, ilo lamento!, cuestión de categorías: pesos plumas o pesados.

Te niegas a la cortesía del silencio e impones una detestable ironía que ríen los idiotas en tus proximidades, pero a escondidas de tu convoy de pusilánimes no resulta difícil evadir el enojoso tributo.

Unos cuantos soportamos lo indescriptible por no abandonar al resto de colegas en la desventura de tu querido circo —semejante ruindad anda con los sigilos del felino, iy gracias a Dios que también con el descuido de los burros!

¿Opinan que exagero?, el pánico condiciona el número de testigos y compromete lo lacónico en sus respuestas; propongo que exijan manifestar a tu conciencia —por reparar en su voz demasiado cerca, olí un aliento que apesta.

No te confundas, dejaron de llamarte por tu nombre y te nombraron por el apellido nada más desmontar de principal a guarnición —tu perro andaluz alardea mientras jadea, ¿pensabas quizá en Buñuel al animarlo?

Juzgaste siempre a los disidentes de viciosos y estúpidos, ¿los climas molestos no promueven por sí solos movimientos sediciosos?; ni siquiera creíste que en un comienzo gustábamos de la razón entera y de ganas de bien y, no obstante, todavía ayer tres o cuatro abogábamos por rebautizar con punto de arranque el horror que encendieron tus sienas perturbadas, ¿tratabas de sujetar a los mejores con una autoridad tan inmerecida?

El sonambulismo nocturno que padeces —se nota en el caminar— te provoca la parálisis diurna; arrogante y vengativo abusas del prometer y prometer, ¿no forcejeas con una fidelidad enferma?, los más veteranos acertamos de sobra con tu recompensa, el infierno.

¡Cínico!, los escrúpulos no florecieron en el jardín de tu inteligencia y a causa de tus extravagancias sufres e incluso estorbas —hay quienes imaginan que desistes, ¡pobres!, no caen en que aguantas a la inglesa y preparas el desquite.

Comes vanidad y defecas desaires; luego preguntas: “espejito, espejito, ¿ves a otro más ocurrente que yo?”, si asiente, echas a rodar cualquier originalidad que orbite a tu alcance, ¿por qué extraño destino tendremos que remar con tus miserias y pecados?

¿Comprendes la infame escuela que legas en manos de subalternos?, cargos y cátedras otorgados y ocupados por la cara —los osados gozan del preciso ingenio que conviene al egoísmo descerebrado de un miedoso.

¡Coño!, encarnas al sabio y te comportas como un loco: agasajas a los que te desprecian y defraudas el aprecio de los pocos que te respetan —el éxito no sacia ya tu mezquindad y admitir en secreto su falsedad te irrita.

Capcioso, vacío y fatuo, por detrás calumnias con astucia: para destruir la valía de quienquiera que no pueda contestar, para engañar con tiento y encubrir una incompetencia, para exaltar prejuicios de paisanos que aún estiman tu ciencia.

Por tu afición al sarcasmo adiviné el parentesco que te une con la sarna, ¿pruebas a que el odio no fermente en tu boca?, ¿lo logras escupiendo a cada rato un nuevo infundio?; por la precaria salud del reducido círculo de sanos no te inclines sobre ninguna cuartilla —la escritura es la lengua del alma limpia.

Deslenguado, ¿clamas por la concesión del Nobel?, ridiculizarías al inventor con tu terrible dinamita: ¿la carga?, un corazón invertido ¿y el fulminante?, del material de una viveza dañina.

Eres cruel porque eres cobarde, ¿la misantropía que callaste bajo el polvo de tu cadáver no abrió un triste poso de rabia amarga?, ¡lástima que tamaños lastres compañeros te impidan percibir con cordura!, a partir del instante en que escuches la desconsideración de inoportunos olvidos, ¿cuánto te costará olvidar?

¿Te pretendes listo porque te acomodas a los hechos?, ¿como el gusano cuando adapta su cuerpo a las sinuosidades intestinales?, ¿no permite así que resbalen los excrementos?; probablemente, no debas lavar tu espíritu de sucios humores ¿quedará algo tras el aseo?, a su tiempo.



XX

Secreteo de dos granujas sobre un hombre sano

—¿De quién demonios me hablas?

—De un hombre con envidiable capacidad que convirtió por entero su mundo en una obra de arte —compone una materia religiosa y no política.

—¿No exagera al verte Nabucodonosor frente a Israel?

—Mi mano optó por redactar con la vida un documento falso y por eso me nombré aguijón venenoso de conciencias: aplasto al que despunta, estrangulo sus iniciativas, atropello su buen humor, asfixio su carácter, ametrallo su esfuerzo, despedazo sus planes, bombardeo sus ilusiones, quemo su méritos, atomizo sus relaciones; reconozco que hieló el corazón de los más intrépidos.

—¿Por qué no imitas a las nubes nocturnas y juegas a empañar su luna llena?

—Porque me molesta nadar desnudo bajo una luz así, y al fin y al cabo prefiero que las candilejas que encienden mi sarta de mentecatos iluminen el escenario mientras descuartizo al que hallo osado, ahorco a sus compañeros, despanzurro al que me lleva la contraria, opero del cerebro a quienes no me obedecen a ciegas, despellejo al confiado; ahogo y gaseo.

—Despístale en su honradez con la zancadilla, el traspies, la trampa, ¿no constituyen el proceder más tuyo?

—Probablemente me demoré en electrocutar sus principios de independencia: acostumbré sus ojos a las tinieblas y la oscuridad no acabó con su vista —a algunos consuela que el sol no abandone su apostura cuando entra por las ventanas.

—Te propongo que silenciemos sus favores, cobremos los regalos que nos brinda y luego vengamos el orgullo herido en su lealtad, ¿no negamos la puerta grande a los que conquistan tal honor?

—Me volvería loco imaginarlo dándole y dándole a un capricho mío, ¡cuánto me hubiese complacido tenerlo por cómplice en mi camarilla y que aprendiera a defender su categoría social con el arma tan mía de la ignominia!

—¿Comprendes que signifique una constante pesadilla?, fastidia de sobra a los que saqueamos méritos ajenos... ¡qué glotonería padecemos!, ¿verdad?

—Con piruetas de aliento corto, nadie consiguió enturbiar la indefinible autoridad que rodea a un sabio en agraz.

—Métele un pedrusco en el zapato y quizá no alcance a desplegar su mente en los cielos.

—Si no anduvieras hociqueando el suelo como yo, percibirías que otros le alivian los impuestos con que colmamos sus hombros.

—Amedréntale su ánimo, ¿usaste del palo lo que te vino en gana?

—¿Especulas por casualidad con que no me sostendrá la mirada?, te equivocas; inténtalo y te mandará a freír puñetas.

—¡Calúmniale, invítale a firmar cualquier mal acuerdo, colócale un dogal alrededor del cuello!

—Secos mis labios, abultadas mis muñecas, enrojecidas mis pupilas... y aún no caigo muerto, ¿a qué tamaño desquite, si la Naturaleza encarga el puesto de cada uno a la misma Naturaleza?

—Pon en marcha a tus pigmeos con la misión de clavar al suelo a semejante gigante.

—Mi ejército de moscas cojoneras pican, pero no detienen la vocación que impulsa su carrera.

—A bocado limpio, irómpele sus carnes!

—Con cuidado, no quiero que por mis mordiscos descubra que también él goza de dientes.

—¿No estatuye un pésimo ejemplo para los que creen concebible una humanidad en orden y soberana?

—Persigo a un demontre liberal iluso incluso durante mis reposos... ¿debo además preocuparme por unos cuantos que sólo desean trabajar en paz y por su cuenta?

—¿Dónde diablos pena los días desde que comenzó con su exilio espontáneo?

—Continúa en su refugio; dice que ya que me obsequia con el olvido, ¿a qué regalarme entonces la generosidad de un perdón involuntario?

—¿No temes acaso una revancha atroz?

—Jura que aunque le fuera posible no me castigaría. Mantiene que me basta con tragar las hieles de una existencia corrompida y que únicamente me distingue la consideración del contendiente de hecho.

—¿No logras obligarlo a callar?

—Sobresaliente en dialéctica y diestro con la pluma, atrajo hacia sí una audiencia poco común. No, no, compinche, no, no representa una mediocridad que quepa ignorar sin más.

—¿No le perjudicarán sus incursiones en política teórica con los capítulos del poder?

—¡Ojalá!, con muy jodida esperanza insisto con los protagonistas de la cosa pública —dispensan escasa simpatía a la habilidad intelectual que no controlan.

—¡Valiente desagradecido!, ¿te retiró el saludo?, ¿piensa que abusaste de su amistad?

—Se entrega... se entrega, dejó escrito que cogiera su virtud por botín y que le alegra que su caza me sirviera de deporte. Claudica... claudica, hunde la cabeza y esconde sus cabellos entre los muslos. ¡Por Dios!, le oigo gritarme: querido Perogrullo, después de lo de Adán no reparo en más remedio que disculparte de todo.



XXI

Responso en vivo sobre un cadáver

¡Cabeza de intenciones torcidas!, identificas la lógica con un cántaro de doble asa que puedes agarrar por la diestra o por la siniestra; según convenga apuestas por calores en Reyes y frío el día de la Virgen del Carmen.

¡Ratero de mala muerte!, ¿a qué contar las flores de jardines ajenos que trasplantas a tus descampados?, vale más observar el espinazo vencido por las gavillas; atiendes más al número que al peso, ¿y luego te quejas?

¡Pésimo filósofo!, ¿Platón no situó la razón en el cerebro, la ira en el corazón y la codicia en el hígado?, por misericordia te nombraría filodoxo: chico obstinado.

¡Tramposo!, juegas a colar cólera por coraje. No tengas pena, volveré a traer a Lucrecio junto a tu oreja, “Lo que ha sido temido en exceso es tanto más pisoteado”; sucederá pronto un mañana en que ni siquiera un pordiosero levante la vista de su porquería a tu paso.

¡Alma sucia!, disculpa, no pretendo informar de tus remates, sino de cómo encajo el sinfín de desatinos con que tratas de entorpecer destinos de gente si no instruida, sí instruible, ¿la entereza de un montón no avergüenza tu crueldad?

¡Roedor de huesos huecos y descarnados!, partir una cadena cuesta menos que desgastar un eslabón, ¿y te atreves con uno al que le mueve su persistente candor?

¡Parlanchín y pedorreta!, con poca lástima te digo: tengo en idéntica consideración a la voz con que rompes por arriba que a la otra que expulsas por debajo.

¡Espantajo de cañamar!, me pregunto, ¿cuánto te costaría no obrar peor? Seguro que Protágoras no pensaría en ti mientras tomó a la persona como medida de todo... no das la talla.

¡Hábil maestro del tres al cuarto!, marchas de espaldas al sol para que no delate tus mohínes de farsante y para que fama y sombra adelanten a mérito y cuerpo: la prédica de fachada y detrás el predicador.

¡Cómico infernal!, ¿qué piensas ganar con tu máscara?, ¿siempre que describen a un grande imaginas que te toca a ti?, tus disfraces no engañan más que a los necios.

¡Jodida calamidad puesta a engordar!, descubre y reflexiona con Quintiliano... “La Providencia ha regalado a los hombres esto: que las cosas más honestas son también las más provechosas”.

¡Calla, por favor!, ¿no sabes que exclusivamente cabe perdonar la perfidia cuando lo prescribe el celo por reprimir la perfidia?, conviertes algo virtuoso en obsceno apenas lo alabas en alto; te insto a que uses el estilo confidencial por no perjudicar.

¡Envidioso!, a tu lado, el escalón más bajo coincide con el más firme; representas una ambición vecina de la presunción; no permites que nadie conserve la facultad de dudar y tampoco el derecho de elegir... te dejarían solo.

¡Condenado ignorante, consulta a Terencio!, “Mucho se equivoca quien cree que es más sólida y duradera la autoridad que se debe a la fuerza que la que se apoya en la amistad”.

¡Aficionado a lo falso de boca y oído!, ¿lo tuyo constituye vicio o simplemente un modo de conversar original?, en ti la mentira ocupa un lugar de honor; para los rectos supones un desvío obligado para llegar a la verdad. De nacer indio americano te pincharían lengua y oreja: con esa mezcla de sangre los sacerdotes expiarían el pecado escuchado y proferido.

¡Hechicero!, enfermas la salud y así cuidas de que la juventud escape a tus uñas.

¡Loco y perverso!, en vez de sonar a un niño prefieres arrancarle su nariz, ¿no cortarás los labios de la inteligencia que quiera hablar?, te caerán encima mocos y babas.

¡Déspota muy vulgar!, asistir a tus entrañas cobardes despierta la conmoción por el equilibrio propio, ¿qué mejor atajo rendiría a aquellos que osan ata-

car?; la primera crueldad ocurre gratuitamente, pero el miedo a la revancha provoca una serie de atropellos que prueban a ahogar a sus anteriores.

¡Estreñido!, padeces por esperar un castigo y esperas porque te juzgas acreedor; quizá te compense imitar a las cigüeñas, ¿no aprendieron a practicar sus curas con lavativas de agua marina?

¡Impudicia humana sin brida ni meta!, riegan tu espíritu desierto unos sentidos en extremo ondulantes; con los aperos de cocina en la mano quedarías hambriento por fantasear con su utilidad erótica.

¡Bilioso crónico!, tu estómago funciona con dificultad y palideces; te vendría bien proceder igual que la tortuga con su indigestión, ¿por qué no te purgas con orégano?

¡Rezagado!, a cada individuo le corresponde una única puerta de entrada a la vida y múltiples escotillas de salida, ¡vete ya!, tus provisiones no bastan a la largura del camino por recorrer.



XXII

A un Leviatán moderno con careta de demócrata

¡Endiablado temple!, usas de la propaganda que el charlatán urde en la venta de sus remedios; engañas a muchos con tu carrera: sales solo o te acompañan cojos o impides andares diferentes con estorbos en sus tobillos; ¿no te compensaría salvar el naufragio con cuerdos leídos de opinión adulta?... ¡por Dios!, ¿a los mediocres de ayer, hoy y mañana les tiene que caer encima por decreto del demonio un mediocre más cargante?

¿A qué sabe tu chiringuito?, a un puñado de principiantes intentando trinchar al pícaro de más veteranía y a un idiota enfurecido cometiendo las mismas idioteces de siempre. Entre tú y los tuyos no hay más que una solidaridad vergonzosa, ¿no te acuerdas?, por donde entraban aquellos que te pedían ayuda mandaste levantar puertas pequeñas, ¿no obligabas así a que doblaran el espinazo y arrastraran sus rodillas?

Amenazas con la marea de ignorantes funcionales, pueriles, proletarios de la indecencia y dementes, ¡qué curioso ejército compuesto por soldados ciegos y alféreces incapaces!, con semejante obediencia guardan tus desastrosas filas únicamente culos siniestros. ¿Por qué los torpes entregarán su espíritu a juegos sumamente difíciles con lo complicado que resulta seguir las costumbres del vicio?

¿Prosperan cabezas a tu alrededor?, cierto que aún cuentas con unas cuantas, y también que no aciertas con un cerebro... adviertes que despunta alguien y maquinan cómo precipitar su triunfo durante el crepúsculo; ¿cuántas?, ¿calculas el número de bellas voluntades que abortas?, sudas crimen y asco... irritas con constantes urticarias domésticas o con continuas molestias.

¿Que en qué trabajan tus babuinos colegiados?, aunque parezcan cumplir

con tus solicitudes lo hacen a su pesar, obstruyen el menor atisbo que signifique tu recuperación, ¿al divisar la luz del final no alargan innecesariamente la mina?; por temor cortan cuellos o fijan en la nuca bombas a tiempo fijo: despiertan en mis olvidos a la hiedra que arruina el muro al que se pega.

¿Tus airosas habilidades?, lisonjear e importunar, mentir sin descanso: persigues destruir la autoridad moral de los que te rodean. ¡Cacho bandolero!, no callaré más el cruel misterio de tu éxito furtivo: robas por doquier con tu odioso discurso de soborno y coacción —tus manos llegan lejos... pero no tus ideas.

¿Tus dos malditas estrategias?, un repetitivo error judicial que culpa a inocentes y declara inocentes a culpables, y un insistente fracaso social que favorece al que desprecia y adula a despreciables, ¿extraña que en tus proximidades nadie distinga en nadie una pobre cara limpia?

Tu ruindad deshonoró y la chulería barriobajera de tus monólogos estropeó y marchitó los escasos brotes de exquisita lógica que florecieron en modales más pulidos, ¿te quejas de que no engendraras más que monstruos?, ¿no pasaste los años rebajando a los demás?, ¿conoces un apelativo más adecuado que identifique a hombres de hombros abajo?

¡Ah, cabrón!, dejaste a un lado la equidad apenas te sentiste fuerte; pones el pie sobre la barriga de cualquiera y señalas su alma territorio propio, ¿escribiremos tu escondida historia los condenados ahora exiliados?, hasta la fecha no pueden sino con su peso. Con tal de conseguir mayoría, tu funesto proceder atiende preferentemente a quincallas humanas.

¡Bribón!, porque te preocupa estar seguro de la gente más que mantener un concierto democrático organizas la paz con miras a la guerra... nunca te vieron ordenar la guerra con miras a la paz. ¿Tu vocación secreta?, la del piojo, ¿no picas la calva de quienes chupas?: si piensas apresar a un despistado, primero lo beneficias con atrevidos arranques de benevolencia, ¿y luego?, no sueles más que difundir nepotismo y clientelismo.

Déspota atemperado por cobardes, tu conducta detalla una fría explotación, ¿a qué viene apostar con escrúpulos?; ¡ay por tu miserable felicidad negra!, quemas como un grano de pimienta, y, al igual que las moscas, gozas cuando te posas en llagas. Te imaginas león por el miedo que siembras, ¿gatito, no notas que exclusivamente tiembla tu cortejo de ratones?; tu vanidad es tanta que no te bastan aplausos, y tan descarada que ni nombrándola sufre afrenta.

¿Dónde unos pocos percibimos tu medianía?, en que jamás reconociste la idoneidad de otros: los mejores hablan de tu afán por subvertir con razona-

mientos enfermos el lugar que debe ocupar la inteligencia en estructuras coherentes desde su origen. Créeme, comprendo que quieras matar al toro para que de una vez consideren tu morro de cabra. Ya muerto, la fangosa camarilla bromea con tus despojos mientras los embalsama, el resto respira al quedar sepultada la grotesca pesadilla. ¿Y tu misión en el mundo?, estética; revives la plástica de los ladrones junto al mártir de la cruz.



XXIII

Lágrimas de desesperanza sobre la más triste de las miserias humanas

Charlatán de vacía palabrería y mente insuficiente, ¿no te basta con el coro de admiración que entona tu comparsa?; tus argumentos nunca molestan... no les pongo atención; cuando consiguen allanar mis oídos experimento algo parecido a cuando abro los ojos y la lámpara encendida del dormitorio invade mis pupilas —tu discurso evoca el delirio de los locos. Enemigo, con tal de salvar la cara afirmas que no te ocupas de mí y que el abatimiento de perseguido lo debo a una percepción perturbada, ¿a cuántos desarmaste con el arma de la confusión?... no, no permitiré que llenes mi cerebro como colma el corazón un amigo.

Hábil cabeza torcida, jamás pagas de tu bolsillo el tributo de existir... mandas que actúen en tu provecho las fuerzas prehumanas. ¡Caramba!, intentas asustarme con mentiras, ¿acaso intimidan tus máscaras de realidad engañosa?, ¿con idéntico aceite pretendes lubricar tu maquinaria infernal y frenar los engranajes de mi trabajada independencia? Prefiero, prefiero las ocurrencias de tu mariconería divertida a las ardientes chispas de tu talento envenenado —no me atrevo a culparte por las cornadas que propinan tus hermanas Tontería y Vanidad.

Jodido calibán intelectual, conservas la fe en ti a puñetazos... no quieres que dejen de llamarte pastor y castigas a los tuyos a que constituyan rebaño; indudablemente, tus viejas mañas y la candidez de los más jóvenes estrechan a tu alrededor el camino de la lógica, ¿por qué animarías tanta descomposición en aquella generación de promesas?, sicario. ¿Lo que menos tolero?, que tus discípulos consideren dignos y en orden el bandidaje y la corrupción... semejante ejército de moscas cojoneras pica, pero no detiene mi vocación por la carrera.

Hieres al pensamiento en las propias esencias de su autonomía; ¿vivir significa una guerra permanente contra los demás hasta la irreparable derrota del

naufragio inevitable?; a la hora de extender el brazo, ¿a qué viene el desprecio de que, de hacerlo, lo hagas con el izquierdo?, los que se aventuraron a pedirte ayuda huyeron escaldados, ¿no quedaste mejor en las ocasiones que diste la espalda?; ni siquiera los que lo sacrificaron todo a tus caprichos están seguros de obtener tu apoyo: no insistas, tu medicina produce infección; ¿desde que comencé a padecer tu mal no me diagnosticaron úlceras de estómago?, terminaré ignorándote... recordaré una pesada indigestión.

Fúnebre cruz levantada encima del sepulcro de las nobles aspiraciones, ¿reconociste en tus mártires los sagrados testigos que tiran de la verdad?, tu descarada astucia descubre tobillos destrozados y después golpea, ¿qué sabes de los sufrimientos que provocó tu aviesa conducta? Siempre que sacudiste mi blanda debilidad, planté voluntad e ingenio en solares de incertidumbres, ¿no doblegué por esta vía los impedimentos con que procuraste obstaculizar mi marcha?; por verme sometido a tus aguas criminales, ¿no imaginaste que mi mirada disfrutara con navegar por el mar de las estrellas?

Cuentas con demasiadas luchas interiores, temores y temblores, escrúpulos, angustias de conciencia, astillas del espíritu y penas de la carne. Tus reflexiones me sonaron a eructos... el destino no gozó de instrumento más útil que tu impertinencia para echarme fuera de mí, ¿no llegué así a ser lo que no había sospechado ser? Primero entendí la trágica sentencia del poeta... “no hallo nada que no sea absolutamente empeorable”, y luego aprendí a manejar una excavadora, ¿palada a palada no lograste enterrar la ética bajo una gruesa capa de escombros?, ¡qué catástrofe esa de acumular ruina sobre ruina!

Aunque no olvide, practico el perdón... tú, ni perdonas ni olvidas; igual que las linternas y farolas alumbras con pobre luz de noche, y yo hablo de un relámpago sostenido que rompe con el día. ¿Y por tamaño arrojo a prueba de fuego me apodas incendiario?, ¿comprenderás que me obligas a mantener prendida la esperanza que constantemente apagas? Dices que te sientes capaz de cualquier cosa, ¡claro que a los demás no les restan sino restos!, apenas el aire que respiran; ¡ay por tus amenazas!, según Homero la ira endulza al hombre más que la miel, ¿y no adviertes que el reino natural te desafía crepúsculo a crepúsculo con la muerte?

Me influye la justicia, ¿y a ti?, las pérdidas y ganancias; tú, eternamente del lado de las treinta monedas, yo profundicé en el ejemplo que impone la corona de espinas. ¿Te crees despierto porque andas en un mundo de almas condenadas y de demonios?, yo juraría que vas de sonámbulo... quizá no errara Calderón en lo de que nuestro mayor delito radicara en nacer. ¿Ahora te interesa mi alegría?, la oculto en cuanto sales a escena —por supuesto que en un descuido

quebrarías mis piernas. Ya, ya nadie te demanda benevolencia, muchos nos contentaríamos con una brizna de respeto a los derechos de cada uno.

A mí me apasiona razonar, y en ti el razonar sirve exclusivamente a tus pasiones; incluso en tus equivocaciones tuvimos que mendigar tu clemencia... y sucedía muy a menudo. Me tildas de ingrato; por casualidad, ¿agradeciste un solo favor?... no, no paseemos juntos por el mismo mercado: no soportaría cómo vendes cuerpo y libertad.... yo no vendería ni lo uno —por asco— ni lo otro —no admite cadenas. Ningún exceso emocional, ninguna aberración óptica mueve la pluma que escribe —mientras un proceder honesto vigile el portal, poco puede una farsa que frecuenta sótanos de alquiler.



XXIV

Hijo del ridículo humano, padre de la afrenta del hombre

Tus sombríos discursos recuerdan el interés que suscitan las afeminadas peroratas del eunuco en torno al celibato.

No aciertas con la solución del problema más nimio y pretendes contener a los que gustan de dejar resueltas sus cosas; iconfiesa tu miedo más secreto!, temes más la denuncia de una pluma pública que un montón de advertencias en privado.

Divierte tu solemnidad en las presentaciones de libros —tampoco el prólogo suele escribirlo del autor—; metido en materia nadie aguantaría tu obra por capítulos.

Ni en bromas hablas del futuro, ¿estimas que tus inoportunas horas prolongarán su tiempo indefinidamente?

Ignorar el peligro en tanto mide poco implica no dar con el remedio mientras gana altura; contigo vale aquel disparate de prevenir el frío de Navidades con un abrigo de invierno por San Juan.

Te acuso de que no corriges: ofendes y prefieres ofender ebrio de cólera, no sea que la afrenta vuelva de por sí a su origen.

Ejerces con frecuencia la mofa, ¿entiendes que en absoluto demuestras ingenio sino desabrida habilidad verbal?

No alabas, y cuando adulas, lo haces con el desparpajo que calumnias: aceptarías la elocuencia en un eremita y el pecho de tenor en cantores con los pulmones destrozados por el tabaco.

El osado que consiga desnudar tu mente diabólica comprará rápidamente una larga espada sin vaina.

¡Tengan ojo con este caballerete!, el que despierte llamativa atención en sus celos enfermizos, pronto soportará los sordos latidos de un olvido pueril.

Representas la tenaz disposición a debilitar o destruir a tu igual con los recursos más insospechables.

Vendes palabras carentes de sentido.

Adalid de cualquier astucia de la razón, jamás te escuché la hazaña de una idea; callas descaradamente por guardar las formas, pero a escondidas atropellas una a una sus normas.

A pesar de que intentas disimular con periódicos homenajes a la sensatez, tus descarnados argumentos aprueban los más tristes desatinos; tomas la ley por zapato de Teramene, útil a todo pie, recto o torcido.

Interrumpes la herencia del viejo código romano, ¿te propones estrangular los fundamentos que cuidan de la convivencia humana?

Nunca diriges, siempre empujas.

Apenas hueles a cargo político, fijas la cabeza Dios sabe dónde; te imaginas que el Universo en peso gira en torno tuyo y no pasas de agujero en mitad de la órbita redonda del culo, ¿por qué ocurrirá que cuanto más te empeñas en alzar la cabeza más culo enseñas?

Injurias a la justicia e imposibilitas un mínimo de alivio.

Sitúas tu perspectiva en la defensa estricta del error, quien se atreva a actuar según una lógica equilibrada, ¿no sufrirá de persecución y terminará por acariciar sus cadenas?

Hermanas tintes siniestros con los colores del ridículo.

Alejas la piedad próxima en pro de un fruto mayor —en realidad, una conveniencia mejor.

¡Con cuántas infamias curtiste el éxito!

Practicas las especies más odiosas del odio: menosprecio, desdén, aversión, recelo, envidia, rencor, hostilidad, animadversión.

Por tu indulgencia con determinados estilos de conducta, completas el insano complot contra las saludables maneras.

Desprecias y quiebras el orden que no concuerde con tus apetitos.

Las virtudes tradicionales o te sirven de medio o las arrinconas, ¿no alternas borracho con prostitutas simplonas en lugares concurridos?

Identificas la nobleza con un signo de incapacidad.

Más pendiente de apoyos puntuales que de seguir el rumbo de la prudencia, guías diestro el hacha de los favores mancos con que separas amigos inseparables.

Sobrevives al modo Neanderthal: mera existencia a codazos.

Descargas la violencia de golpe.

Conocedor de que no cabe la componenda de una tercera vía entre derecho y provecho, insultas a la condición de hombre, ¿el llanto a que obligaron tus abusos saciará la sed de los que padecen tus desgracias?

Disparas con excelente puntería, ¿cuentas con que las decisiones puestas en la mira del capricho acostumbran traer las más funestas consecuencias?

Cedes lentamente lo que pertenece a otros.

Por tu familiaridad con la rutina de los campos comprendes que el estiércol cunde más al esparcirlo, y acabas constantemente con la misma queja que intoxica, ¿no ves que aspiras una parte considerable de tu propio veneno?

Lo que en épocas más ingenuas escribí acerca del poder, hoy lo incluirían en la sección de reportajes.

Por si acaso los incrédulos no advierten tu daño a cubierto, deberías llevar como las medicinas una etiqueta que dijera: “fuera del alcance de los niños” y “uso externo, sólo para adultos”.

Te aseguro que de meditar en la bondad adentrarías tu proceder en el que impone la cordura.



XXV

Pedante imprudente

Deplorable simulacro de majestad, subido a la atalaya de tu insoportable arrogancia gobiernas en una región poblada de iniquidades. Advertir tu presencia no constituye una irreligiosidad, trato de inscribir tu cuna en los espacios celestes, ¿de qué distinto lugar nos viene la naturaleza a cada cual? No existes más que en acto, ni te das, ni te concibes, ni te recobras, juegas con insospechables estrategias el juego de las relaciones desiguales, ¡confiesa, prefieres cortar el nudo gordiano a probar el movimiento andando!

—Marchas a hombros de propósitos nómadas, ¿te imaginas que llegas más allá porque montas a lomos de tu miserable compañía?

—Nunca te diré que apenas escalo el trono más elevado tomo asiento encima del ridículo culo.

—¿Deberíamos mezclarnos con una canalla así?

—Antístenes aconsejó: “Como uno se aproxime al fuego; demasiado lejos tendréis frío, demasiado cerca os quemaréis”.

Despiertas en la gente una repentina infancia pendiente de prédicas, pitonisas compasivas y sacerdotisas voluntarias. Produces antes que reprimir, ¿por desgracia aquellos a quienes estrangulas no acrecientan más y más tu cosecha? —¡jodida mecánica diabólica que engancha en sus engranajes a tirios y troyanos! Tus enormes puños déspotas garantizan felicidad en premio a una flexibilidad, tu turba funcionará a la manera de un organismo, de un sistema solar, de ningún modo a semejanza de una verdadera sociedad.

—Los mezquinos y parásitos ¿dónde demonios escucharon que la absoluta licencia temple a la licencia absoluta?

—No oyen, halagan.

—De la conjetura liberal a una totalitaria: del optimismo en la persona y del pesimismo respecto al poder, hasta el pesimismo en la persona y optimismo cara al poder; depender de un número indefinido de causas significa no depender de nada, ¿no opinas que las múltiples presiones acaban por diluir sus efectos?

—La opresión más vil ocurriría después de que un insensato pusiera los resortes del mando al alcance de la más osada de sus criaturas.

Recoges el fruto mientras escarbas en las ocultas ansias del corazón y toleras los intereses más bastardos, no tiras de la razón para ganar cierto refrendo. ¿No crees más que en la exigencia de que te sigan?, dejas a los demagogos la ambición de engañar a los ingenuos y a los ideólogos la satisfacción de desempeñar un buen papel al costo más bajo posible.

—¿Cuántas veces el método tradicional de referencia a la autoridad frenó el mínimo avance en mayor grado que la menor de tus empresas?

—Practico la brutalidad de Lenin: “No hay que acariciar la cabeza a nadie: podrían morderte la mano. Hay que golpearles la cabeza sin piedad”.

—¿Jamás nacerá una hermandad espontánea de benevolencia?, ¿siempre arrancará de la necesidad o del miedo recíproco?

—Abdicar habla a las claras de una manifestación de fuerza por ceder importantes prerrogativas.

Lamentas la insolencia de los insurrectos: el criado que mal responde a su señor, los hijos a sus padres, el alumno a sus profesores. Ya que los rebeldes no reparan en que las sublevaciones desaguan en peores abusos, ¿no valía más impartir escarmientos a partir del primer día?, ¿qué le falta a tu cesarismo?, ¡vaya con la excesiva ira que provoca este siniestro planeta tan escaso de leyes severas!

—¿Qué te fastidia más?

—Que Cicerón criticara la falsedad que campea en ambientes de charlatanes.

—¿Qué te saca más de quicio?

—Que la consecuencia no intencionada del egoísmo de unos contribuya a la prosperidad de todos.

De los tiempos de Platón con el tirano de Siracusa recordemos: “Yo viví y vivió Dionisio, yo mirando hacia fuera, como un pájaro que desea huir de su jaula, y él maquinando medios con qué aterrarme”, de Aristipo leímos que logró más ventaja... desde luego que determinadas consonantes armonizan mejor con unas vocales que con otras. En un manicomio del tamaño de la Tierra salva su cordura el que neutraliza la fortuna con prudencia, el dócil a las lecciones de la experiencia, el que adapta su proceder a las circunstancias.

—¿Cultivaremos el precepto de Epicuro?

—Sí, pero escondido a escondidas.

—El pequeño grupo de virtuosos ¿justificaría una leve desviación del principio de que sólo la jerarquía consigue instituir el orden?

—Suponen una débil minoría que apostrofa a los explotadores —desprecia sus espantosos suplicios.

El dictador cuenta con los hombres en cuanto está en disposición de manejarlos; en cambio, el científico conoce las cosas en proporción a su capacidad de hacerlas. No, no confundamos a quien reina por inspirar temor con quien implanta adhesión por persuasión. Con la ‘clemencia’ que recomienda Séneca no pocos superarían muchas tentaciones, incluso reducirían el tono de sus cóleras; no compensa olvidar que en un clima propicio, los ciudadanos gozarían de una sólida concordia —el motor de la paz no prende con intimidación.

—¿Cabe insertar el giro de lo espiritual en la órbita de lo físico?, ¿y el desgarramiento que separa lo contemplativo del trabajo?

—Imitemos al vencedor a pesar de que no aspiremos a la conversión, sanemos lo que rechazamos.

—Compromiso y lucha, estática y dinámica, más que implicar situaciones antitéticas señalan tendencias, ¿y acaso lo contrario no entraña algo de su opuesto?

—Cuando apostamos resueltamente por la autoestima, el decidir rinde la última palabra.

—¿En qué armas insistirían los estoicos?

—Destruirían obediencia con indiferencia; sobrevolarían las servidumbres de amo y esclavo.

—¿Y los escépticos?

—En una autonomía puramente formal que desembocaría en un zanganear pobre y vacío,

—Tras la edad de los apóstoles, la de los mártires, la de los herejes y la de los tibios ¿qué resta?, ¿esperar a la quimera de una quinta edad?

—Volvamos los ojos al mundo, no permitamos que entren las desilusiones psicóticas del romántico ni los entusiasmos renovadores de Los Bandidos de Schiller —¡triste anarquismo humanitario!

—¿Y la muerte?

—A simple vista parece un escándalo comparable al fracaso del justo y al triunfo del perverso.



XXVI

Bestia o demonio

—Naciste de un coito brutal, ¿no afirmas que una comunidad homogénea excluiría la generosidad? Inspiras hipocresía: muchos explican el pecado original y tú callas el problema capital de la vieja opresión.

—Ya de hombre excepcional me elevé a más altura que unas visiones geniales, ¿extraña que en cuanto perdí pie recurriera a las fullerías?, con padrenuestros nadie substituye las ganas de revancha de los tuyos.

—Incapaz de auténtica penitencia, tu actitud enerva y sofoca.

—De niño me apodaron adulto precoz y de mayor frívolo y pueril.

—No reconozco el señorío de las águilas en tus banderas, sólo rapiñosos halcones y gavilanes.

—Patrocino a camadas de vasallos, no protejo a honrados

—Llamas seguidores a un colegio de jayanes, a una asamblea de granujas que rivaliza en desvergüenzas, celo y sátiras, atiza enemistades y se nutre de rapacerías.

—Trato con súcubos e íncubos, con diablos de aquelarre.

—Edificas para tu soldadesca madrigueras de practicones y buscapleitos.

—Mi mentalidad regresiva, crispada por la violencia, propicia el culto a las bravuras rudas. —Tu inestabilidad nerviosa delata un endeble nivel intelectual, tus lealtades personales muestran la estrechez de tus vicios. ¿Descubriré algo más que hitos aislados en esta fracasada curva de una historia tan próxima?

—No permito que me arrastren los asuntos menudos: agoto a los míos con

el penoso cometido de colocar trampas y conservo intacta mi energía.

—Apacible, tramas, pero no intervienes directamente, pones en uso métodos que impondrás con la impasibilidad de los imperativos sutiles; cuando te toque la hora de tomar decisiones ¿cómo no vas a disponer de la lucidez necesaria para determinar tus porquerías?

—Debido a que las relaciones de respeto cambiaron a las de fuerza, trabajo de maestro de gladiadores en mi circo, me alimento del sudor y la sangre de un espíritu competitivo que siembra la división en mi comitiva.

—Y los pocos que profesaron cordura ¿no apelaron a la disciplina, no lucharon contra la evidencia del engaño?

—Los que confían sólo en sus facultades pecan de presunción. Me basta con transformar la ocurrencia de un suave limpia-culo en el más hermoso progreso de la razón.

—Frío de corazón, caliente de cerebro, ¿no soportas la compañía de iguales?

—Acribillo a los mejores con flechas muy gastadas —recuerdo que tensaron el primer arco.

—¿Pretendes apagar la antorcha del valor para convertir a cada cual en instrumento dócil de tus proyectos?

—Envilezco a diestro y siniestro en aras de facilitar los movimientos infernales.

—¿Cabe que giren grandes mecanismos con piezas pequeñas?

—Apenas el engranaje rompa dientes no echaré en falta la servidumbre del arrastre.

—¿Prefieres gobernar un rebaño miserable que a unos individuos dichosos?

—En los alrededores de la masa de animales salvajes que conduzco con el látigo, me percató de un puñado de carácter bondadoso.

—¡Dios mío!, ¿golpeas con el hierro aún al rojo?

—Mientras exista gente de mi talante procura no quitarte de encima el miedo a tus semejantes.

—¿Por qué enjaulas a los portadores de preceptos distintos?

—Para que midan adecuadamente la diferencia que media entre un voluntario chapucero y un veterano entrenado.

—Si Boehme estigmatiza a las ramas que acaparan los fluidos del árbol y desamparan a sus hermanas por voluptuosidad y vanidad, ¿a qué viene prescribir eternidades de sequedad y silencio?

—Por educar en la no resistencia.

—¿Qué aconsejas a los disidentes?

—La cicuta, nunca el eléboro.

—¿Tu virtud?

—La del viento.

—¿Y la de los otros?

—La de la hierba que se dobla a mis soplos.

—¿Tu filosofía?

—Estricto juego de manos en el aire.

—¿Ministro de la locuacidad?

—Constantemente, mi mente en blanco u ocupada en una mentira.

—¿Tu doctrina?

—Concedo más importancia a la astucia y menos peso a la moral.

—¿Tus máximas?

—Gozar con robar y robar, presentar sentimientos de piedra frente a los más débiles y dejar en barbecho toda licitud ética

—Bandido, ¿no percibes que desprenden un pésimo olor?

—Quizá por mi autoría o por no admitir la prueba de la publicidad.

—¿Suponen la misma cosa?

—Cierro entendederas a los criterios objetivos; ironía a ironía sumo sarcas-

mos: cultivo el escándalo provocador.

—Con la apología del asno, te burlas hasta el escarnio de los mansos -a quienes les prometieron la bienaventuranza. ¿Por qué no insistes en que su quijada sirvió de arma a Sansón, que veló a un bebé en el pesebre y que cargó con el mesías por Jerusalén?

—Hablar conmigo implica saltar sobre mí con la daga desnuda en el pantano donde me ahogo para ahogarnos juntos.

—¿Tu principal defecto de sofista?

—Me niego a cruzar el umbral de las apariencias, por lo que permanezco prisionero de ellas.

—¿Crees que así llegarás más allá del ámbito de la opinión?

—Jamás logré una investigación que trascendiera.

—Desprecio tu discurso de charlatán, tu loca afición al dinero rápido, ¿no leíste que el único discípulo con bolsa llevó por nombre Judas?

—También juzgarás insufribles mi venalidad y trapacería, mis abusos.

—¿Qué melodía preconizas?, ¿la del mugido en su papel de bajo?

—Difiero las respuestas y modulo la manera de responder.

—Te figuras saber e ignoras tu ignorancia, ¿no te la ocultas tras los oropeles de unas expresiones hechas de frases vacías?

—Ensayo la erística: el condenado arte de vencer en las discusiones refutando los asertos del adversario sin considerar su verdad o falsedad. Blando la palabra como espada de batalla verbal o como simple ejercicio de polémica —habilidades que adquirí accidentalmente por experiencia.

—¿Guardián de almas marchitas?

—De escoger entre muertos y vivos, opto pronto por el monumento funerario.

—¿Tu sociocracia?

—Disimula mal una tanatocracia de paso al cementerio.

—¿Matas para salvar?, ¿a que no revientas tus arterias por idéntico propósi-

to?

—Eso sí significaría obrar en favor del mundo.



XXVII

Crujen lamentos en la intemperie del poder

—¿Cabe argumentar contigo?

—Regalo explicaciones perezosas: digo latines ante los que niegan a Virgilio.

—¿Y con tu orgullo?

—Aunque el azafrán no amarillee el mármol, no te diluyas en mis vilezas luciferinas de sal y azufre.

—¿Qué revelan tus insolencias?

—La conducta del miserable vuelto señor —¡vaya con la vanidad loca y vana!

—¿Y tus pensamientos?

—Con respecto al cerebro, guardan idéntica relación que la bilis respecto al hígado o la micción respecto a los riñones.

—¿Y tus bromas?

—Lo sé. Inciviles, engreídas, obscenas, pero el mal no mancilla un entendimiento serio.

—¿Tú, al lado de la verdad?

—Seguro que avanzarán cojas las mentiras —tampoco la luna aparece entera noche tras noche.

—¿Por qué saboreas de esa manera las intrigas?, ¿no tiemblan todos de miedo?

—Me rodeo de una escolta que consigo con sobornos a cargo del erario pú-

blico:

observa que vencedores y vencidos acaban igual de acabados.

—¿Qué intuyes por derecho?

—Que coincide con el puño de los déspotas.

—¿Qué encarnamos para ti?

—Una pieza de caza que olfatea mi ala de halcón.

—¿De dónde sacas tu desdén altivo, desengañado e indulgente?

—De que describo círculos en vuelos de altura.

—¿Presumes de profeta por tus delirios incontrolados?

—En cuanto dejaron de creer en mí, recurrí al terror y mi predicamento cayó por los suelos.

—Destierras a los buenos, ¿te hacen estremecer las carnes?

—Ejerzo de detractor de la moral, de vengativo, de envidioso, de melancólico, de hipócrita y de pérfido.

—Respondes con ingratitud y crueldad a la generosidad y clemencia, enfrentas ultrajes a la moderación y equidad, ¿alguna vez someterás las discrepancias a peritos imparciales?

—Intervengo, los míos dudan de que tienen cuernos porque no aciertan a precisar cuándo los perdieron.

—Tu furia destructora arrasa ¿y con quién disientes, condición de tu individualidad?

—Con ninguno, el subyugado sirve a la voluntad del subyugador. Del brazo de las mezquindades del mundo desempeño las tareas más relevantes.

—¿Qué sucede con los que limitan su ideal a una causa?

—Necesitan de una atmósfera así para respirar. Atribuyen a sus trabajos un alcance eterno, no perciben que en los otros no producen más que extrañeza.

—¿No adviertes que tu afición de desacreditar te perjudica?

—Hijo, no olvides que una inteligencia ruin esconde una visión aguda y

penetrante —¡y cuánto desgaste inflige!

—¿Y no reparas en que el valor de tus víctimas acrisola sus quilates?, ¡atrévete, farsante!

—Calzo botas y ciño casco de mercenario —cuesta lo suyo descubrir los propios ojos dañinos.

—Acusas, y... ¿ni una excusa?

—Otorgo a lo irracional la ocasión de prevalecer sobre los trazos de la razón.

—¿Ni en una sola oportunidad te falló el tiro?

—Nunca: primero disparo y luego pinto la diana con centro en el impacto.

—Tu gobierno, ¿un medio de satisfacer tus apetitos?

—Me comporto de forma semejante a Calicles, me encanta revolver mi cabeza en el fango.

—Al culminar la descomposición ¿no sueltas riendas?

—Sí, y el huracán de las pasiones más salvajes relampaguea por doquier; los más educados no soñaron ni en sueños un desmadre de tamaño calibre.

—¿Representas una escoria de la conciencia?

—Procuro imitar a Tiberio con lo de mandar a ligar la verga de los condenados con la intención de que mueran por no orinar. Llamo a los ilusionados por una meta sensata amantes de problemáticas utopías.

—¿No encuentras que procedes según Moloch?

—Tras disfrutar por un instante de un detalle bello, lo oculto dentro del baúl de las trastos en desuso.

—¿Por qué acometes acciones con tintes virtuosos?

—Por amor al elogio o por temor a la infamia.

—¿Cómo te consideras?

—Absoluto, sin amigos, a diario opresor, desconozco totalmente la auténtica independencia.

—La naturaleza plasma siempre lo real, no siempre lo posible, ¿no ocurre

que en tu interior de hombre libre fermente un alma de esclavo?

—Ando ido por haber andado demasiado con tapujos.

—¿Continúas resfriado?

—¿Persiste el olor de mi peste?

—¿De qué lugar oscuro nacen tus vómitos?

—De una gloria fraudulenta que apuro a grandes tragos.

—¿Tu herencia?

—Estupidez a granel y un soberano aburrimiento.

—¿Un digno gesto tuyo?

—La vergüenza que padecerá mi bellaquería próxima a la etapa postrera.

—La lealtad y el sacrificio del más noble caballero errante ¿no llegó a sanar tu egoísmo?

—Curan el caos, los asuntos incompatibles, no la perversidad.

—Gusano de desechos de cloaca ¿a qué aspiras?

—Ansío que las conveniencias eclipsen a las circunstancias.

—¿Ignorabas que nadie compró jamás la paz a un precio tan caro?

—Pasaré por oro lo que corresponde a latón.

—¿Imaginas que muestras más tu autoridad modificando el orden de las cosas que acatándolo?

—Ya aceptarás el envite cuando te invite a quebrar huesos y chupemos sus médulas.

—¿Qué equivocada quimera interpretas?

—Novedad, prodigio; árbitro de esto y de aquello.

—Mercurio instituyó los preceptos de Egipto, Numa Pompilio los de Roma, Moisés los hebraicos, Orfeo los griegos y ¿en qué momento amanecerá una mente clara de comparable envergadura que imparta cordura en el desquiciante lupanar de ahora?

—Apenas la persuasión y el obrar sigan de cerca a la rectitud y no a los deseos

—Viejo espíritu tardo, personaje majadero y grosero, recuerda la sentencia de Bernard Shaw “no trates a los demás tal como tú mismo quieres ser tratado, el gusto de ellos puede ser diferente al tuyo” .

—Te recomiendo que golpees a la tiranía, no te compliques con el tirano.

—(Qué dura resulta la hegemonía bajo el cuidado de las leyes y a la sombra del estandarte de la justicia!

—Donde una concesión significa debilidad, los titubeos indican carencia de opinión: nada, nada corrompe más que nadar a favor de la corriente.

—Al terminar con la fechoría ¿el placer que la acompaña no toca su final?

—A la huella que insulta, le restan muchos años en el sitio.

Por romper vínculos muy importantes con la sociedad, el cónclave de los astutos quedó vacío de contenido y con corazón viciado, ¿acaso no tomó de esa república de ambiciones su particular característica?; si el triste gozne del tiempo que me incumbió vivir no alumbra un nuevo paradigma que recoja el impulso agotado e inserte en la tendencia general una dirección crítica y de mejora, las pústulas que infectan pudrirán por completo el organismo averiado. Pronostico que la inercia, ceguera y servidumbre no cambian a menos que surja una experiencia dolorosa y ponga remedio; supongo exhausto el largo período paciente de una gente, y preconizo la desobediencia a un escalón de la insurrección y algarada.



XXVIII

Una dignidad en medio de las aguas sucias de una indignidad

—Fiero, ¿crees que tu pluralidad de intereses te enriquece en lugar de disiparte?

—Manso, me desquicia tu carácter profundo, clarividente, apasionado, conmovedor.

—¿Qué despierta en ti mi dulzura no carente de firmeza, mi generosidad y mi gusto por la amistad?

—Una crueldad que envenena los vientos, que profana el augusto nombre de la paz.

—¿Y mi integridad exenta de pedantería?

—Una añeja vocación destructora que aprovecha treguas hipócritas preñadas de rencor y edificada sobre iniquidades.

—Después de haberte pavoneado ¿me rechazas como a unos calcetines viejos?

—Pagas por unos, quizá más sospechosos, que saltaron mi malla electrificada.

—Mueca del Absurdo y de la Ofuscación ¿no oyes que dejo escapar un acento amargo de cuando en cuando?

—Clamo venganza, porque sorprendo en tu hilo de queja una llamada a la esperanza.

—Lunático, ¿qué te empuja a acorralarme?

—Observo el peligro que acarrea tu estilo independiente, tu lucidez insobornable, tu originalidad en ambientes donde palpita la irritación de los rebeldes.

—¡Tonto!, no adivino con qué llenas tu cabeza; ciertamente, a unos más listos que tú les descubrí tonterías semejantes. ¿Por qué te encanta de tal modo dominarme?

—Porque no lo logro por completo: aprendiste a sublevarte, a criticar mi estupidez, mi intolerancia y mi ignorancia.

—¿A qué viene imponer tus imposturas por la fuerza en tus supremos destinos?

—Insulto a insulto, atropello a atropello, procuro volver beligerantes a quienes patrocinan la caridad.

—¿De qué vale tu agudeza de alcance?, ¿acaso afina tus costumbres?

—Sé que no cabe encontrar algo más deshonroso y abominable que la conciencia depravada de uno que sabe.

—¿Qué consigues con enredar tus entrañas con la violencia?

—Me complace sacar a la luz una pequeña flaqueza apenas disimulada. Mi agrio jugo encefálico parece un flujo catarral de vejez prematura.

—Enemigo público, ¿nadie te dijo que incluso los más idiotas progresan rápido en tamañas fechorías?

—En la podredumbre que siembro ni uno solo replica.

—¿No pasan por buenas tus apuestas?

—No, porque las bellas artes emparentan con la creación y no con la demolición.

—Abandonado a los sentidos ¿cualquier cadena de impulsos no seca y endurece el corazón?

—Evidentemente, disuelve la fe en los demás y deserta la misericordia, el egoísmo termina por instalar su altanera barbarie en el alma que prefiere las regiones reservadas a lo material.

—¿Qué entiendes por despotismo?

—Una terrible fiebre del espíritu que empeora con muchas cosas y a muy pocas remedia.

—Loco, por conducir a lo loco, aparte de ocuparnos de las víctimas que descuidadas en el asfalto ¿también corresponde a los cuerdos quitarte del volante?

—Mi papel de verdugo y de perro encaja a la perfección con los ciclos de crimen y represión. Por lo general, los pseudorredentores arriesgamos vidas ajenas sin el mínimo derecho.

—¿No fue volar la idea primera?, ¿por qué ahora todo descansa a ras del suelo?

—A pesar de que consideres mi triunfo, más pronto que tarde caeré en desgracia —brindo por los osarios que acaban por mezclar a unos y a otros en una misma suerte podrida.

—Los fardos gravados agravan los porrazos. ¿En qué clase de infierno te precipitas?

—Corro en pos de espejismos, sucumbo engañado, desalentado.

—¿Qué opinas del mundo?

—Una trampa siniestra en la que los diestros naufragan, un mercado embustero donde la forma sustituye al fondo.

—¡Triste marioneta en manos del furor!, ¿dónde forjas tus puñales?

—En el yunque de la avaricia.

—Tú, que rehusaste sufrir por Dios, ¿no te convertiste en mártir del diablo?

—Inspiro confusión babélica; enfermo a los sanos en vez de sanar a los enfermos.

—¿Qué temes?

—Que llegue a la madurez, que estime al individuo estimado, que anhele lo que importa, que abrace la virtud, que gane afectos, que solicite el comprender, que ande con ojos demasiado abiertos por los variados caminos de la cultura, que me percate de los extravíos, que advierta la vanidad de esto y aquello.

—Mira a tu bando victorioso, ¿no te rodeas más que de embrutecimiento, caos, tretas y miedo?

—La historia muestra sus efectos y no quiero escuchar sus lecciones.

—Del lado que calificas de contrario ¿no suma civilización, ley, prosperidad, sinceridad y confianza?

—Niego unos hechos que confirmarían lo que niego.

—¿Por qué no buscas el aplauso en la razón, en el ingenio, en el consejo, en la virtud?

—Porque no tienen nada en común con los hombres con que trato.

—Si no vence tu arrojo, ¿en qué consiste tu gloria?

—En arrasar, matar ilusiones y desolar.

—¿No te convendría aplicar una pizca de justicia?

—Me inclino por la calma falsa y el desorden.

—Espujo de sangre torpemente curado ¿no distingues entre cerebros capaces y repletos?

—Ni me llamo Montaigne, ni Erasmo, ni Vives. Me comporto de manera intempestiva para defender mi soberbia corruptora tras las tinieblas de un proceder impredecible.

—¿Con qué colmas tus horas?

—Con la mentirosa emulación emboto ansias jóvenes con datos superfluos y desecho adultos mal estructurados, escasos de criterio, débiles y obstinados.

—¿Conoces el ailanto?

—Un gran árbol cuya madera no ofrece ningún uso.

—Bufón erudito, ¿no reparas en mi grito de insurrecto?

—Excita mi negro reír de escéptico.

—¿Dónde tomaré asiento en tu presencia?

—En la diana del campo de tiro hacia la que dirijo tus flechas —ya que no doy ni una, lo imagino el sitio más seguro.

—¿Debo protegerme con el casco?

—A lo mejor cambio de estrategia y recibes una bofetada.

—¿No resulta patético un combate así?

—Tanto más en cuanto he de preguntar al de enfrente si cuenta con las armas necesarias.

—¿Cómo reconociste mi nobleza?

—Odiabas los dogmatismos, suplicabas a tus compañeros que apreciaran tus palabras por su contenido de verdad, no por salir de ti.

—Inteligencia que habita un cadáver hediondo ¿qué fastidia más a la bestia dañina, a casi un demonio?

—Me molesta tu respeto por las personas, tu solidaridad, tus ayudas, tu amor por la concordia.

—¿Qué te propones?

—Continuar con el solfeo de una doctrina de hoy, de ayer y de anteayer.



XXIX

¿Saber equivale a poder?

—¿Quién consideraría un triángulo sin sus tres lados?

—Descartes confirmó que “el buen sentido es la cosa que se halla mejor distribuida en el mundo”, aunque jamás admitió que cualquiera la usara por igual, ¿los múltiples objetos no reflejan con enorme diversidad la misma luz solar que los ilumina?

—Por el descaro de los frutos que cuelgan de las ramas, ¿no apreciaríamos el tronco y las raíces del árbol?

—Llevados por un inmediatismo miope, no pocos ponen la sal del estudio en obtener resultados, ¿lo que no logramos sujetar a la concreción?, ¿sólo torpes enredos? En lo que concierne a la fase de aulas y laboratorios, basta con el dividendo de desvelar secretos, ¿y respecto al resto de etapas?, emprendamos juntos una búsqueda que arroje comprensión en el deambular humano.

—¿Hablan de valles y no cuentan montañas?

—¡Uf!, dar con lo irrefutable requiere encontrar una evidencia que permita exponer juicios; en cambio, compadrear con las sospechas esconde que desandar los errores responde a un ejercicio de la voluntad y compete a una superación del espíritu.

—¿Qué garantiza que la constatación relampagueante ostente más convicción que el capítulo deductivo?

—La recíproca transparencia de causa y contenido en el episodio intuitivo —las exigencias diarias conectan con los comportamientos más aceptados... mera cuestión de probabilidad.

—Porque los años urgen y no esperan, ¿no encajaríamos más con tal dina-

mismo al frecuentar el hábito de la resolución?

—Aprovechar la acción con el fin de perfeccionar la razón y blandir la razón en pro de perfeccionar la acción implica trasladar los destilados momentáneos de la vida al pensamiento y dirigir las conclusiones provisionales del pensamiento a la vida.

—¿Suspender “la sensatez” de su función de timonel?, ¡qué fácil!, el próximo atentado a la sana convivencia consistiría en atar una piedra al tobillo de los que levantan concepciones prudentes y en lanzar por la borda sus cuerdos sueños vestidos de carne.

—Juro que tercia mayor distancia entre estos fatales modales y aquellos más gratificantes de practicar que entre el escueto abecedario y la retórica de los griegos.

—¿Por qué conducta optaríamos?

—Por afinidad con las hormigas, los ajetreados empíricos no paran de acumular y consumir sus reservas, ¿a semejanza de las incansables arañas, los racionalistas no fabrican su propia tela?; me parece que convendría imitar a las abejas; tras ganar el néctar, ¿no entra en danza su maravillosa capacidad de digerir la materia prima?

—Ya que no controlamos más que el criterio privado, ¿merece la pena escabullir el bulto y abandonar al azar la incontenible evolución de alrededor?, ¿no abusaríamos de una introspección?

—Vale un potosí cultivar la masa gris, descubrir los porqués del precepto íntimo y acometer la enmienda personal; ¡pues claro que molesta discurrir de acuerdo con lo auténtico, y más permanecer leal a sus argumentos!, ¿y no perderíamos con peor tristeza la cabeza que el cuello?

—¡Ummm!... El bien y el mal, ¿las dos agujas del reloj no marcan ritmos distintos?

—Cuando fijamos los ojos en la corta manecilla horaria apenas percibimos que el largo minuterero fuerza su avance, y cuando seguimos con la vista el lento movimiento circular de los minutos no solemos reparar en la hora.

—¿Y a las puertas del tiempo futuro, qué proponer?

—Conciliemos cuanto antes los intereses mutuos y coloquemos a pleno rendimiento una sangre joven con la nuestra de más edad; trabajemos por ampliar

el estricto dictamen de los esquemas de la carrera y empleemos análogo tesón en anchar los refajos de la conciencia.

—¿Saber equivale a poder?

—¿Y qué?, de venir la liberación, vendrá del brazo de un conocimiento con cimientos en los ideales de caridad y fraternidad. No importa demasiado el producto, ¿lo útil no supone lo verdadero y el ámbito de lo verdadero no mide siempre más que lo útil?

—¿El intelecto de Francis Bacon, un espejo tornadizo?

—¿Acaso no empieza mezclando su estructura con los motivos que observa y acaba por desfigurar la realidad?, estima cierto lo que prefiere y rechaza lo que deprime sus expectativas, ¡cómo padecemos el efecto de los afectos!

—¿Representan las conjeturas y los escrúpulos entes esenciales?, ¿no atañe a la experiencia someter sus escollos a prueba en aras del progreso?

—Adelantamos primero por la vía negativa, agotamos el proceso de exclusión y pasamos a la afirmación. Por simple aplicación del suceder moderno sobre uno viejo, no surgirán más que originalidades sueltas en la comunicación de lo aprendido... de querer afrontar una completa instauración, necesitamos encabritar los fundamentos.

—¿Y la lógica?

—Explica temas que el auditorio domina, pero no ayuda a quien plantea extraer a Atenea de un bloque de mármol. Que ninguno aspire a quedar encerrado en su obra, sino a trascender los límites... estar con los pies en el suelo, sí, ¿y si giramos la perspectiva y apostamos a que el Universo entero quepa en cada alma?

—¿Ciegos en ausencia de la fosforescencia marina de los fuegos de San Telmo?

—Por proyectar su orden interno, la mente urde más relaciones externas de las que existen, ¿Heráclito no anota que cavilamos en el pequeño cosmos particular y no en el grande y común a todos?, quizá lleguemos a entender las expresiones del lenguaje de la naturaleza con el alfabeto que captamos.

—En caso de que la casa del hombre cayera, ¿con qué apuntalaríamos la fe en él?

—¡Cuidado!, descenderíamos a formas más refinadas de un escepticismo

disgregador, crecería la zozobra acerca del camino a tomar y no tropezaríamos con nadie dispuesto a edificar de nuevo.

Digo con Cicerón que “sería difícil imaginar algo tan extraño y tan increíble como para que no haya sido dicho por algún filósofo”... perdonen la escritura enfebrecida, ¿no corro al estilo de un explorador muy excitado que salta obstáculos peligrosos por referir lugares de ilusión?; ojalá que la sincopada redacción favorezca al menos a uno. De lo mucho inservible que encomiendo a la custodia del papel, confío en que me agradezcan la posibilidad que dejo abierta —cumplimos con el deber mientras jugamos según las reglas más saludables.

Sin posibilidad de comentario, la nada.

¿Verdaderamente creaste al hombre? Debió de ser en tus comienzos — apenas un dios menor— y por esa circunstancia atenuante, no me rebelo contra ti, sencillamente denuncié el fracaso de la obra inacabada.



Nicolás Herrera, ilustrador

Nicolás Herrera desde 1978 comienza a incursionar en la plástica ecuatoriana con sus primeras exposiciones a nivel nacional, teniendo un alto reconocimiento por sus obras que lo hacen acreedor de los premios más importantes de la plástica ecuatoriana y el reconocimiento como uno de los representantes contemporáneos más relevantes. En los años consecutivos traspasa las fronteras exponiendo sus obras en galerías y museos de diferentes países del mundo. En su trayectoria realiza obra plástica para cuentos del escritor Juan Carlos Morales, así como para *Hablemos...* y *El poder, triste ropaje de la criatura*, del filósofo Octavio Santana, con obra plástica de espléndida creatividad. Como escultor acaba de realizar dos esculturas monumentales entre las más relevantes de América: *La amistad* y *La fertilidad*. En estos momentos se encuentra en una megaexposición a nivel nacional e internacional de sus obras de escultura, pintura, instalaciones, fotografía, dibujos, proyectos, toda una retrospectiva de su vida artística. Su obra más importante es el Museo Nicolás Herrera, ubicado en Ibarra, Ecuador.